

Voltaire

El Ingenuo



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL INGENUO

VOLTAIRE

PUBLICADO: 1767
FUENTE: BNE DIGITAL
TRADUCCIÓN: JOSÉ MARCHENA
EDICIÓN ORIGINAL: MADRID, BIBLIOTECA PEROJO, 1878

Se corrige la ortografía y se modernizan términos arcaicos.

EL INGENUO

CAPÍTULO PRIMERO

QUE CUENTA CÓMO EL PRIOR DE NUESTRA SEÑORA DE LA MONTAÑA Y SU HERMANA ENCONTRARON A UN HURÓN

Una vez San Dunstan, de nación irlandés y de oficio santo, partió de Irlanda en una montaña, la cual arribó nadando a las playas de Francia, y en este navío de nueva invención llegó a la bahía de San Malo. Así que desembarcó, dio su bendición a la montaña; hízole esta una profunda reverencia y se volvió a Inglaterra por el camino mismo por donde había venido. El bienaventurado Dunstan fundó un priorato en el país y le apellidó Priorato de la Montaña, nombre que hoy día conserva, como sabemos todos.

El año de 1689, el día 15 de julio por la tarde, se iba paseando y tomando el fresco por la ribera del mar, en compañía de su hermana doña Ambrosia de Kerkabon, el abate de Kerkabon, prior de Nuestra Señora de la Montaña. El prior era hombre entrado ya en días y muy digno eclesiástico, querido de sus vecinos, habiéndolo sido cuando mozo de sus vecinas; pero lo que más le hacía estimar de todos era que él solo, entre todos los beneficiados del país, se iba por sus pies a la cama cuando cenaba con sus colegas. Sabía razonablemente la teología, y cuando estaba cansado de leer a San Agustín se divertía con algún entremés: de suerte que todo el mundo hablaba muy bien de él.

Doña Ambrosia de Kerkabon, que nunca había sido casada, puesto que había tenido fuertes ganas, conservaba su lozanía a los cuarenta y cinco años; era de buena índole y compasiva, aficionada a divertirse y devota.

El prior decía a su hermana, contemplando el mar:

— ¡Ay! Aquí fue donde se embarcó nuestro pobre hermano con nuestra querida cuñada, su esposa, en la fragata La Golondrina en 1669, para servir en Canadá; y si no hubiera muerto, todavía pudiéramos esperar noticias de él.

— ¿Crees tú — respondió doña Ambrosia — que nuestra cuñada haya sido comida por los iroqueses, como nos lo han dicho? Es cierto que, si no se la hubiesen comido, hubiera vuelto al país. Toda mi vida la estaré llorando, que era preciosa mujer; y nuestro hermano, que tenía mucho talento, hubiera hecho ciertamente mucho caudal.

Enternecidos estaban ambos con estas memorias cuando vieron entrar en la bahía de Rance un barquichuelo que venía con la marea, y que era de ingleses que traían a vender géneros del país. Saltaron a tierra sin mirar siquiera al señor prior ni a su señora hermana, la cual extrañó mucho el poco aprecio que de ella hacían. No hizo tal un mancebo muy galán que, brincando por encima de la cabeza de sus compañeros, se puso enfrente de doña Ambrosia y le hizo un gesto con la cabeza, no estando acostumbrado a hacer cortesías. Su traje y su figura llamaron la atención del hermano y la hermana: tenía las piernas y la cabeza desnudas y por calzado unas sandalias; descendíanle en luengas trenzas los cabellos, y una almilla chica abotonaba un talle fino y airoso; su mirar era afectuoso aunque marcial; en una mano tenía una botella de licor de Barbados y en otra una especie de bolsón que contenía un vaso y excelente galleta: con esto hablaba francés de un modo muy inteligible. Brindó con su licor de Barbados a doña Ambrosia y a su hermano, bebió con ellos, los hizo que bebiesen segunda vez, y todo esto con tanta sencillez y naturalidad que se quedaron embelesados ambos hermanos, y se ofrecieron a servirle, preguntándole quién era y adónde iba. Les respondió el mancebo que no lo sabía, que por curiosidad había querido ver cómo eran las costas de Francia, que con ese fin había venido y que se volvía.

Conociendo el señor prior por el acento que no era inglés, se tomó la licencia de preguntarle de qué tierra era.

—Hurón —respondió el mozo.

Atónita y hechizada doña Ambrosia con ver que un hurón hubiese estado tan atento con ella, convidó a cenar al mancebo, el cual sin hacerse de rogar se fue en su compañía al priorato de Nuestra Señora.

La rechoncha y bajísima doña Ambrosia estiraba para mirarle sus pequeños y redondos ojos, y decía de cuando en cuando al prior:

—¡Gallardo mozo! ¡Qué color tan albo y tan sonrosado, y qué cutis tan fina para un hurón!

—Tienes razón —replicaba el prior.

Hacíale cien preguntas sin dejarle resollar, y el hurón respondía muy adecuadamente a todas.

En breve cundió la voz de que había un hurón en el priorato, y toda la gente fina de la comarca acudió a cenar con el prior. Vino el abate de Santa Clotilde con su hermana, doña Hortensia, niña bretona muy bonita y muy bien criada. También fueron de los convidados el baile o alcalde, el escribano del Ayuntamiento y sus mujeres. Al extranjero le pusieron entre doña Ambrosia y Hortensia. Pasmados le miraban todos; todos a la par le hablaban y le hacían preguntas; pero él no se alteraba, como si hubiera adoptado por mote el de milord Bolingbroke: Nil admirari (no admirarse de nada). Fatigado al cabo de tanta bulla, les dijo con mucha serenidad:

—Señores, en mi tierra hablan uno después de otro; ¿cómo queréis que os responda cuando no me dejáis que os oiga?

La razón hace siempre efecto en los hombres por algunos momentos; sucedió, pues, alto silencio. El señor baile que, en todas las casas donde estaba, tomaba posesión de los forasteros y que era el mayor preguntón de la provincia, abriendo un gemo de boca, le dijo:

—¿Cómo es su gracia de usted, señor?

—El Ingenuo me llaman —replicó el hurón—, y me han confirmado en Inglaterra este nombre, porque siempre digo ingenuamente todo cuanto pienso, así como hago todo cuanto quiero.

—¿Pues cómo ha podido usted venir a Inglaterra, habiendo nacido entre hurones?

— Porque me han traído; fui hecho prisionero por los ingleses después de hacer una valerosa defensa; y como a los ingleses les gusta el valor, porque son valientes y son tan corteses como nosotros, me propusieron restituirme a mi familia o venir a Inglaterra, y escogí esto último porque naturalmente soy inclinado a ver tierras.

— Pero, señor — dijo el baile con su tono de dómine —, ¿cómo ha podido usted abandonar a su padre y a su madre?

— Porque nunca conocí padre ni madre — respondió el extranjero.

Se enternecieron todos los circunstantes, y todos repetían: "¡Ni padre ni madre!".

— Nosotros le adoptaremos — dijo el ama de casa a su hermano el prior —: ¡qué amable es este señor hurón!

El Ingenuo le dio entrañables gracias con nobleza y desembarazo, pero añadió que no tenía necesidad de nadie.

— Advierto, señor Ingenuo — dijo el grave baile —, que habla usted mejor el francés de lo que acostumbra un hurón.

— Un francés — respondió — que hicimos prisionero en Huronía siendo yo chico, y a quien tomé mucha amistad, me enseñó su lengua; que aprendo muy presto cuanto quiero. Cuando vine a Plymouth encontré uno de esos franceses refugiados que llaman ustedes, no sé por qué, hugonotes, el cual me ha hecho adelantar algo en la lengua francesa; y así que he sabido lo suficiente para que me entiendan, he venido a ver este país, porque me agradan mucho los franceses cuando no son demasiadamente preguntones.

No obstante esta indirectilla, le preguntó el abate de Santa Clotilde cuál de los tres idiomas le gustaba más, si el hurón, el inglés o el francés.

— El hurón, sin comparación — respondió el Ingenuo.

— ¿Cómo es posible? — exclamó doña Ambrosia —; yo estaba creída que después del bretón la lengua francesa era la más hermosa de todas.

Empezaron entonces a menudear preguntas al Ingenuo; uno preguntaba cómo llamaban en hurón el tabaco, y él respondía taya; otros cómo se decía comer, y respondía essenten. Doña Ambrosia se empeñó en que le dijera enamorar en hurón, y le respondió trovander, sustentando, no sin ciertas

vislumbres de razón, que estos vocablos eran tan buenos como sus correspondientes ingleses y franceses. Trovander pareció muy donoso a todos los convidados.

Se levantó por un rato de la mesa el señor prior y fue a su biblioteca a consultar la gramática hurona que le había regalado el reverendo padre Sagar Theodat, célebre misionero recoleto; y volviendo fuera de sí con el gozo y la ternura, reconoció por hurón legítimo al Ingenuo. Disputaron un poco acerca de la multitud de idiomas, y quedaron acordes en que, sin el acontecimiento de la torre de Babel, no se hablaría más que el francés en todo el mundo. El baile preguntón, que hasta tanto no había dado entero crédito al hurón, le miró con sumo respeto y le habló con más cortesía que antes, puesto que no lo advirtió el Ingenuo.

Hortensia deseaba mucho saber cómo galanteaban a las mujeres en la tierra de los hurones.

—Ilustrándose con sus acciones —respondió—, por agradar a las personas que a usted son parecidas.

Todos los convidados celebraron maravillados la respuesta; Hortensia se puso colorada y quedó muy contenta. También se sonrojó doña Ambrosia, puesto que no quedó tan gustosa, resintiéndose un tanto de que no fuese para ella el requiebro; pero era tan de buena pasta que no se disminuyó por eso el cariño que ya al hurón tenía. Le preguntó con mucha afabilidad cuántas queridas había tenido en Huronía.

—Nunca más que una —dijo el Ingenuo—, que fue Abacaba, íntima amiga de mi nodriza. Era más derecha que un junco, más blanca que el armiño, más mansa conmigo que una cordera, más zahareña con los otros que un águila y más ligera que un gamo. Un día iba persiguiendo una liebre en las inmediaciones, a cosa de cincuenta leguas de nuestra habitación, y un zafio de algonquino que vivía cien leguas más allá vino y le quitó la liebre. Lo supe, fui en su seguimiento, le derribé a mis pies con mi maza y le traje atado de pies y manos a mi dama. Los parientes de Abacaba se lo querían comer; pero yo, que no gusto de semejantes banquetes, le di la libertad y me hice amigo suyo. Abacaba se prendó tanto de mi acción que me prefirió a todos sus amantes, y todavía me querría si no se la hubiera comido un oso: yo maté al oso y me vestí su piel, pero eso no me ha consolado.

Hortensia oyó esta narración con mucho contento de saber que no había tenido el Ingenuo más que una querida y que Abacaba ya no vivía, puesto que no sabía decir cuál era el motivo de su satisfacción. Clavaron todos los ojos en el Ingenuo, alabándole mucho por haber estorbado a sus camaradas que se comieran a un algonquino.

El despiadado baile, que no podía tener a raya su manía preguntona, fue tan curioso que quiso saber de qué religión era el señor hurón, y si había abrazado la religión anglicana, la galicana o la hugonota.

— Soy de la mía — dijo —, como usted de la suya.

— ¡Dios mío! — exclamó doña Ambrosia —, ya estoy viendo que estos malditos ingleses ni siquiera habrán pensado en bautizarle.

— ¡Válgame Dios! — decía Hortensia —, ¿pues cómo es que los hurones no son católicos? ¿No los han convertido a todos los reverendos padres jesuitas?

Respondió el Ingenuo que en su tierra nadie se convertía, y que nunca un legítimo hurón mudaba de religión, no habiendo en su idioma vocablo que significara mudanza. Estas últimas palabras agradaron infinito a Hortensia.

— Le bautizaremos, le bautizaremos — decía doña Ambrosia al prior —; tú le echarás el agua, yo quiero ser la madrina y el señor abate de Santa Clotilde será el padrino: será una ceremonia de mucho lucimiento, que tendrá nombradía en toda la Bretaña baja y nos acarreará honra y reputación.

Aprobó toda la compañía las razones del ama de casa, y todos los convidados a una gritaban:

— ¡Le bautizaremos, le bautizaremos!

Los interrumpió el Ingenuo diciendo que en Inglaterra dejaban que cada uno viviera en la ley que se le antojaba, que la de Huronía era por lo menos tan buena como la de la Bretaña baja, que así no admitía la propuesta y que al otro día se volvía a Inglaterra. Se apuró la botella de licor de Barbados y se fueron todos a acostar.

Cuando estuvo el Ingenuo en su cuarto, no se pudieron contener doña Ambrosia y su amiga Hortensia de ir a mirar por el agujero de la cerradura a ver cómo dormía un hurón, y vieron que había tendido la manta en el suelo y que dormía en la más linda postura.

CAPÍTULO II

CÓMO FUE CONOCIDO POR SUS PARIENTES EL HURÓN LLAMADO EL INGENUO

Con la aurora, al canto del gallo, que en Inglaterra como en Huronía llaman "el trompetero del día", se levantó, como lo tenía por costumbre, el Ingenuo, que no era como la gente fina que en un muelle lecho tendidos aguardan a que haya el sol andado la mitad de su carrera; que no aciertan a dormir ni a levantarse, y que tantas preciosas horas pierden en aquel estado medio entre la muerte y la vida, quejándose luego de que esta sea tan breve.

Ya había hecho dos o tres leguas y había muerto treinta piezas de caza con bala rasa, cuando a su vuelta encontró paseándose por el jardín al prior de Nuestra Señora de la Montaña con su prudente hermana. Les ofreció toda la caza que traía, y sacando luego de debajo de la camisa una especie de relicario que llevaba colgado del cuello, les rogó que admitiesen aquel don en pago de lo bien que le habían recibido.

—Esa es la cosa más preciosa que tengo —les dijo—; me han dicho que seré feliz mientras traiga ese colgajo conmigo, y se lo regalo a ustedes para que sean felices.

Se sonrieron enternecidos con el candor del Ingenuo el prior y su hermana. El regalo se cifraba en dos retratitos de no muy buena mano, atados con una correhuela muy mugrienta. Le preguntó doña Ambrosia si había pintores en Huronía.

—No —dijo el Ingenuo—: ese juguetillo me lo dio mi nodriza, y lo había ganado su marido despojando a unos franceses de Canadá que nos habían hecho la guerra, y eso es todo cuanto sé.

El prior, que contemplaba con mucha atención los retratos, perdió de repente el color, se enterneció y empezó a temblar.

—Por la Virgen Santísima de la Montaña —exclamó—, que creo que son los retratos de mi hermano el capitán y su mujer.

Doña Ambrosia, después de examinarlos con igual agitación de ánimo, fue del mismo dictamen: ambos estaban embargados del pasmo y la alegría mezclada con sentimiento; ambos se enternecían, ambos lloraban; les palpitaba el corazón; daban gritos, se quitaban de la mano los retratos; cada uno los cogía y los soltaba veinte veces por segundo; querían comerse con los ojos al hurón y los retratos; le hacían mil preguntas uno tras de otro, y entrambos a la par, dónde, cuándo y cómo había habido su nodriza estos retratos: comparaban y contaban el tiempo desde la partida del capitán, y se acordaban de que habían sabido que había ido a la tierra de los hurones, y luego no habían vuelto a oír de él. El Ingenuo les había dicho que no había conocido ni a su padre ni a su madre, y el prior, que era hombre de entendimiento, notó que tenía un poco de bozo, y sabía que los hurones no lo tienen; tiene vello en las mejillas, luego es hijo de un europeo; mi hermano y mi cuñada no han vuelto a parecer desde la expedición contra los hurones en 1669; mi sobrino era entonces niño de pecho; así la nodriza hurona le libró de la muerte y le ha servido de madre. Finalmente, después de cien preguntas y respuestas, coligieron el prior y su hermana que el hurón era su sobrino. Le abrazaban vertiendo llanto, y el Ingenuo se reía, no pudiéndose figurar que un hurón fuese sobrino de un bretón.

Bajó toda la tertulia, y el señor abate de Santa Clotilde, que era un fisonomista muy inteligente, comparando ambos retratos con la cara del Ingenuo, notó con suma discreción que tenía los ojos de su madre, la frente y la nariz del señor capitán de Kerkabon difunto y que en las mejillas se daba un aire a uno y otro. Hortensia, que no había visto en su vida ni al padre ni a la madre, afirmó que era parecido en todo a los dos, y todos daban gracias a la Providencia, maravillados de los sucesos de este mundo. Finalmente, tan persuadidos y convencidos quedaron todos de la familia del Ingenuo, que vino este en ser sobrino del señor prior, diciendo que lo mismo le daba que fuera él su tío que si lo fuera otro. Con esto se fueron a dar gracias a Dios a la iglesia de Nuestra Señora de la Montaña, y el hurón, sin alterarse, se quedó bebiendo en casa.

Los ingleses que le habían traído y que iban a hacerse a la vela vinieron a decirle que ya era hora de embarcarse.

—Sin duda —les dijo— que no habéis hallado vosotros a vuestros tíos y tías: yo me quedo; volveos a Plymouth, os doy toda mi ropa, que no necesito cosa ninguna siendo sobrino de un prior.

Los ingleses se hicieron a la vela, dándoseles muy poco de que el Ingenuo tuviese o no parientes en la Bretaña baja.

Después de haber cantado un Te Deum el tío y la tía y los demás asistentes; después que el baile hubo molido con nuevas preguntas al Ingenuo; después de haber apurado cuanto les dictaron el asombro, el júbilo y el cariño, se resolvieron el prior de la Montaña y el abate de Santa Clotilde a bautizar cuanto antes al Ingenuo. Mas no era lo mismo un huronazo de veintidós años que un recién nacido que es reengendrado sin que él lo sepa. Al hurón era forzoso instruirle, cosa al parecer dificultosa, porque el abate de Santa Clotilde presumía que todo aquel que no había nacido en Francia no tenía sentido común. El prior representó a la compañía que, puesto que el señor Ingenuo, su sobrino, no había tenido la dicha imponderable de nacer en la Bretaña baja, todavía no le faltaba entendimiento, como lo habían acreditado sus respuestas, y que ciertamente la naturaleza le había favorecido mucho, tanto por su linaje paterno como por el materno.

Le preguntaron primero si había leído algunos libros, y dijo que había leído a Rabelais, traducción en inglés, y algunos trozos de Shakespeare que sabía de memoria, habiendo encontrado estos autores en casa del capitán que le había traído de América a Plymouth, y que le habían parecido muy bien. El baile le empezó a hacer preguntas tocante a estos libros.

—Confieso a usted —le dijo— que he creído que adivinaba algo de lo que decían, y que no he entendido lo demás.

Al oír esto, el abate de Santa Clotilde notó que asimismo había leído él siempre y que así leen también la mayor parte.

—¿Sin duda habrá usted leído la Biblia? —dijo al hurón.

—No, señor abate, no se hallaba entre los libros de mi capitán, y nunca la he oído mentar.

—Vean ustedes lo que son esos malditos ingleses —decía doña Ambrosia—: más caso hacen de una comedia de Shakespeare, de un plum pudding y una botella de ron que del Pentateuco; y por eso nunca convierten a nadie

en América. Pero Dios los castigará y les tomaremos Jamaica y Virginia antes de mucho.

Dicho esto, llamaron al mejor sastre de San Malo para que vistiera al Ingenuo de pies a cabeza. Se separó la compañía y el baile se fue a hacer preguntas a otra parte. Cuando Hortensia se iba, volvió muchas veces la cabeza a mirar al Ingenuo, y este le hizo cortesías más profundas que las que a nadie había hecho en su vida. El baile, antes de despedirse de Hortensia, le presentó a su hijo, gran gahnápiro que acababa de sacar del colegio; pero estaba tan preocupada con las cortesías del hurón que ni siquiera miró al bailecito.

CAPÍTULO III

DONDE SE CUENTA LA CONVERSIÓN DEL HURÓN LLAMADO EL INGENUO

Viendo el señor prior, que ya era entrado en días, que le deparaba Dios un sobrino para su consuelo, se le asentó en la cabeza que podía muy bien resignarle su beneficio si conseguía que se bautizase y se ordenase.

Tenía el Ingenuo muy feliz memoria, y la fuerza de órganos de la Bretaña baja, fortificada con el clima de Canadá, habían endurecido de tal manera su cabeza que cuando le daban golpes en ella apenas lo sentía, y cuando se grababa en su cerebro una idea nunca se borraba. Jamás se le había olvidado nada, y eso más viva y más clara era su penetración, pues, no habiendo cargado su niñez de las cosas inútiles y necias con que abruman la nuestra, entraban en su entendimiento despejadas las ideas. Al fin se resolvió el prior a darle a leer el Nuevo Testamento. El Ingenuo se empapó en él con mucho

gusto; pero no sabiendo en qué tiempo ni en qué tierra habían sucedido los acontecimientos que en este libro se refieren, no le quedó duda de que había pasado la escena en la Bretaña baja, y juró que había de cortar las orejas a Caifás y a Pilatos si se topaba un día con estos malandrines. Embelesado su tío con el buen ánimo de su sobrino, le desengañó alabando su celo, pero le dijo que era superfluo su enojo, porque los tales eran finados cosa de mil seiscientos noventa años atrás. El Ingenuo aprendió en breve tiempo casi todo el libro de memoria. Algunas veces proponía reparos que ponían en grandísimo apuro al prior, y se veía este obligado a consultar con el abate de Santa Clotilde, el cual, no sabiendo qué responder, se valió de un jesuita para acabar de convertir al hurón.

Al fin obró la gracia y prometió el Ingenuo hacerse cristiano. No dudó de que lo primero que tenía que hacer era circuncidarse, porque —decía— en todo el libro que me han dado a leer no veo uno solo que no lo haya sido; luego es evidente que he de sacrificar mi prepucio, y cuanto antes será lo mejor. Sin más detención envió a llamar al cirujano del pueblo y le dijo que le hiciera la operación, creyendo que se alegraría infinito doña Ambrosia y toda la tertulia cuando supiesen que era asunto concluido. El pobre curandero, que jamás tal operación había hecho, dio parte a la familia, y Dios sabe qué gritería se armó en la casa, temblando la buena de doña Ambrosia de que se operase sin maña a sí propio su sobrino, que parecía resuelto y expedito, y que se originasen malas resultas, que siempre interesan a las señoras por bondad de corazón.

Rectificó el prior las ideas del hurón, representándole que la circuncisión ya no era de moda; que era muy más suave y saludable el bautismo y que la ley de gracia no era lo mismo que la ley de rigor. El Ingenuo, que era mozo muy capaz y de razón muy sana, disputó, pero reconoció su yerro; cosa muy rara en Europa entre gentes que disputan: al fin prometió que se bautizaría cuando quisiesen. Antes era necesario confesarse, y esto era más arduo. Llevaba siempre en la faltriquera el libro que le había dado su tío, y no veía que se hubiese confesado apóstol ninguno; cosa que le hacía muy renitente. El prior le tapó la boca enseñándole en la epístola de Santiago el Menor estas palabras que tanto dan que hacer a los herejes: Confesaos vuestros pecados unos a otros. Calló el hurón y se confesó con un recoleto; mas así que acabó, agarró del fraile por la manga, le sacó fuera del confesonario, se colocó en su lugar, e hincándole de rodillas por fuerza:

—Vamos, amigo —le dijo—, Santiago dice: Confesaos unos a otros. Yo te he contado mis pecados, y no has de salir de aquí sin que me cuentes los tuyos.

Diciendo esto, apretaba con su forzuda rodilla el pecho de su confesor, que estaba tendido en tierra. El recoleto atronó a gritos la iglesia, acudieron al ruido y vieron al catecúmeno que aporreaba al fraile en nombre de Santiago el Menor. Tanto era el gozo de bautizar a un bretón hurón e inglés que nadie se paró en estas rarezas, y aun opinaron graves teólogos que no era necesaria la confesión, porque todo lo suplía el bautismo.

Aplazaron día con el obispo de San Malo, el cual, ufano, como se deja imaginar, de administrar el bautismo a un hurón, llegó con un pomposo tren, acompañado de mucha clerecía. Hortensia, dando gracias a Dios, se puso su mejor traje y mandó venir a un peluquero de San Malo para lucir en la ceremonia; acudió el baile preguntón con todo el lugar. Estaba magníficamente adornada la iglesia; mas cuando fueron a buscar al hurón para llevarle a la pila bautismal, no fue posible dar con él.

Su tío y su tía le buscaron por todas partes; y creyendo que había ido a cazar, como lo tenía de costumbre, enviaron gente a todos los sotos y aldeas circunvecinas; pero nadie pudo dar razón del hurón. Ya se empezaban a temer que se hubiese vuelto a Inglaterra, acordándose de que le habían oído decir que le gustaba mucho este país, y el señor prior y su hermana, persuadidos a que los ingleses no bautizan a nadie, temblaban por el alma de su sobrino; el obispo estaba confuso y se iba a volver a San Malo; el abate de Santa Clotilde y el prior desesperados; el baile con su acostumbrada gravedad hacía preguntas a cuantos encontraba; lloraba Doña Ambrosia, y Hortensia, aunque no lloraba, arrancaba hondos sollozos del pecho, que daban a conocer el mucho amor que a los sacramentos tenía. Ambas se paseaban muy tristes por los cañaverales y saucedales que crecen a orillas del riachuelo de Rance, cuando distinguieron a deshora en mitad de la corriente una figura grande y blanca, con las manos cruzadas en el pecho. Se desviaron dando un fuerte grito; pero muy presto pudo más la curiosidad que otro motivo, de suerte que se metieron de puntillas entre las cañas, y cuando estuvieron ciertas de que nadie las veía, quisieron ellas ver lo que era.

CAPÍTULO IV

DEL BAUTISMO DEL INGENUO

Acudiendo el prior y el abate preguntaron al Ingenuo qué era lo que allí hacía.

—Pardiez, señores —les dijo—, estoy aguardando el bautismo; una hora hace que estoy metido en el agua hasta el pescuezo, y no es acción de buena crianza dejarme aquí pasmado de frío.

—Querido sobrino —le respondió con mucho cariño el prior—, en la Bretaña baja no se bautiza así la gente; vístete y ven con nosotros.

Doña Hortensita, que oía este coloquio, decía en voz baja a su compañera:

—¿Piensa usted que se vuelva a vestir tan presto?

El hurón replicó al prior:

—Esta vez no me ha de dar usted dado falso, como hizo la otra, que tengo bien leído mi libro y estoy cierto de que no hay otro modo de bautizar. El eunuco de la reina Candaces se bautizó en un arroyo, y apuesto a que no me enseña usted en todo el libro un solo ejemplo en contrario; conquese, o no me he de bautizar, o me he de bautizar en el río.

En balde fue representarle que habían variado los estilos; el Ingenuo, en calidad de bretón y de hurón, era tozudo, y alegaba a todo cuanto le decían el eunuco de la reina Candaces. Aunque su señora tía y doña Hortensita, que le habían contemplado entre los sauces, tuviesen razones suficientes para decirle que no tenía para qué tomarle por ejemplo, se abstuvieron de decírselo de puro recatadas. El obispo le vino a hablar en persona, que fue mucho; pero nada sacó en limpio, y un hurón disputó con un obispo.

—Que me enseñen —le dijo— en el libro que me ha dado mi tío uno solo que no se haya bautizado en el río, y haré todo cuanto quieran.

Su tía, que estaba desesperada, había reparado que la primera vez que hizo la cortesía su sobrino se la había hecho a Hortensia más rendida que a ninguno de la concurrencia, y que ni a su ilustrísima le había saludado con aquel cordial respeto que a esta hermosa niña. Se resolvió, pues, a empeñarse con ella en tamaño apuro, rogándola que mediara con el hurón para que se dejase bautizar como los bretones, creyendo que no podía ser cristiano su sobrino si perseveraba en querer que le bautizasen en agua corriente.

Se coloró el semblante de Hortensia con el gusto que tuvo en verse encargada de tan importante comisión; y acercándose con modestia al Ingenuo, y apretándole con mucha nobleza la mano, le dijo:

—¿Conque no quiere usted hacer nada por mí?

Y diciendo estas palabras bajó los ojos y los alzó luego con tanta gracia como ternura.

—Todo cuanto usted quisiere, señorita, todo cuanto mandare; bautismo de agua, bautismo de fuego, bautismo de sangre: a todo estoy dispuesto.

Así Hortensia tuvo la satisfacción de conseguir con dos palabras lo que no habían podido recabar con el Ingenuo ni los ruegos del prior, ni las reiteradas preguntas del baile, ni menos los argumentos del señor obispo. Conoció Hortensia su triunfo, pero no sabía cuán grande era.

Se celebró el bautismo con todo el decoro, la pompa y el fino gusto que fueron dables: el tío y la tía cedieron al abate de Santa Clotilde y a su hermana la honra de ser padrinos del Ingenuo. Hortensia no cabía en sí del gozo de ser su madrina, no sabiendo qué obligaciones en calidad de tal contraía, y admitió este cargo sin saber cuáles eran sus funestas consecuencias.

Como nunca hay solemnidad a la cual no se siga un espléndido banquete, al salir del bautismo se sentaron todos a la mesa. Los graciosos de la Bretaña baja dijeron que el vino no debía ser bautizado; el señor prior notó que, según dice Salomón, el vino alegra el corazón del hombre, y su ilustrísima añadió que el patriarca Judá había de atar su borrico a la vid y mojar su capa en la sangre de la uva, y que era triste cosa que no se pudiera hacer lo mismo en la Bretaña baja, a la cual no había Dios otorgado cepas. Todos

procuraban decir algún chiste acerca del bautismo del Ingenuo, acompañado de un requiebro a la madrina. El baile, preguntador perdurable, dijo al hurón si sería fiel a sus promesas.

—¿Cómo quiere usted que falte nunca a ellas, habiéndolas hecho en manos de doña Hortensia?

El hurón menudeaba tragos, brindando a la salud de su madrina.

—Si usted me hubiera bautizado —le dijo—, el agua fría que me han echado en la cabeza me hubiera abrasado.

Al baile le pareció la expresión muy poética, no sabiendo qué frecuente es la alegoría en Canadá, pero la madrina quedó muy satisfecha.

Pusieron por nombre al recién bautizado Hércules, y el obispo de San Malo preguntó qué santo era ese que nunca le había oído mentar. El jesuita, doctísimo sujeto, dijo que era un santo que había hecho doce milagros: el treceno era más portentoso que los otros doce, pero no era decente que hablase de él un jesuita, que fue el de deshacer cincuenta doncellas en una noche. Un chusco, que era uno de los convidados, habló de este milagro con palabras muy enérgicas; las señoras bajaron todas los ojos, y por el semblante del Ingenuo coligieron que merecía el nombre del santo que le habían dado.

CAPÍTULO V

AMORES DEL INGENUO

Verdad es que desde este bautismo y este banquete entraron a Hortensia vivísimos deseos de que la hiciera participar su ilustrísima de otro más

agradable sacramento con el señor Hércules el Ingenuo; pero estaba tan bien criada y era tan modesta que no era osada a convencerse a sí propia de su cariñoso afecto, y si se le iba una mirada, una palabra, un ademán, un pensamiento, era cubierto del velo de un pudor que embelesaba; que era tierna y cuerda cuanto viva.

Se fue su ilustrísima, y el Ingenuo y Hortensia se encontraron sin pensar que se buscaban, y se hablaron sin imaginarse qué se dirían. Díjole el Ingenuo que la quería con toda su alma, y que la linda Abacaba de quien había estado prendado en su tierra no merecía descalzarla. Respondióle Hortensia con su acostumbrada modestia que hablase cuanto antes con su tío el señor prior y con su señora tía, que ella diría dos palabras en el asunto a su hermano el abate de Santa Clotilde y que esperaba que todos aprobarían la boda. Le respondió el Ingenuo que no era menester la aprobación de nadie, que le parecía cosa muy ridícula ir a preguntar a los otros lo que ellos habían de hacer; que cuando las dos partes están conformes no hay necesidad de un tercero para conciliarse.

—Cuando tengo gana de almorzar, de cazar o de dormir —añadió—, no consulto con nadie: bien sé que en asuntos de amor es menester alcanzar el consentimiento de la que uno quiere; pero como yo no estoy enamorado ni de mi tío ni de mi tía, no tengo que ver con ellos; y si usted me cree, tampoco tendrá que ver con el señor abate de Santa Clotilde.

Bien puede presumirse que la hermosa bretona hizo uso de todo cuanto le sugirió su entendimiento para reducir a su hurón a lo que pide el bien parecer; se enfadó y se apaciguó luego, y Dios sabe en lo que habría parado la conversación si el señor abate no se hubiera vuelto al anochecer con ella a su abadía. Dejó el Ingenuo que se acostaran su tío y su tía, que estaban algo fatigados con la fiesta y la gran comida, y pasó parte de la noche componiendo versos en hurón para su querida; porque es cosa averiguada que no hay país ninguno sobre la faz de la tierra donde no haya el amor enseñado a los amantes a ser poetas.

Al otro día, de sobremesa después de almorzar, el prior habló de esta manera a su sobrino en presencia de doña Ambrosia, a quien se le caían las lágrimas de puro enternecida:

—Gracias al cielo, querido sobrino, que tienes la dicha de ser cristiano y bretón, pero no basta con eso: yo voy ya a viejo, mi hermano no dejó más

que una heredad muy corta; tengo un buen priorato y si te quieres ordenar nada más que de subdiácono, como lo espero, resignaré en ti mi priorato y vivirás a tus anchuras después de haber sido el consuelo de mi vejez.

El Ingenuo le respondió:

—Tío, viva usted cuanto más tiempo pueda y buen provecho le haga: yo no sé qué es eso de ser subdiácono ni de resignar; pero a todo me allano con tal que pueda disponer de doña Hortensita a mi sabor.

—¡Dios mío, sobrino! ¿Qué es lo que dices? ¿Conque estás enamorado de esa preciosa niña?

—Sí, tío.

—Pues si no es posible que te cases con ella.

—Sí que es posible, tío; que no solo me apretó la mano al despedirse, sino que me dio palabra de que me pediría en matrimonio y estoy firmemente resuelto a ser su marido.

—Imposible, te digo; que es tu madrina y es un pecado horroroso que una madrina apriete la mano a su ahijado, porque está eso vedado por las leyes divinas y humanas.

—Por Dios, tío, que eso es hacer burla de mí: ¿por qué ha de estar vedado casarse con su madrina cuando es muchacha y linda? En el libro que me ha dado usted no he leído yo que fuese malo casarse con chicas que ayudan a que nos bauticen: ya voy viendo cada día que aquí hacen una infinidad de cosas que no están en el libro, y que no hacen ni siquiera una de todas cuantas dice, y yo confieso que esto me tiene enfadado y pasmado. Si con pretexto de mi bautismo me privan de la hermosa Hortensia, advierto a usted que la robo y me desbautizo.

Quedó confuso el prior, y echó a llorar su hermana.

—Hermano —le dijo—, no seamos causa de que se condene nuestro sobrino; el Santo Padre le puede dar dispensa, y será entonces feliz, viviendo cristianamente con su querida.

Dio el Ingenuo un abrazo a su tía, y le preguntó:

—¿Quién es ese hombre tan amigo de dar gusto, que así favorece los amores de los mozos?

—Es el Papa.

—Al instante me voy a ver con él.

Le explicaron entonces lo que era el Papa, y se quedó el Ingenuo más asombrado que antes.

—Ni una palabra hay de todo eso en su libro de usted, querido tío: yo he viajado y sé lo que es el mar; aquí estamos en las playas del Océano, ¿y quiere usted que deje a Hortensia para ir a pedir licencia de quererla a un hombre que reside cerca del Mediterráneo, a cuatrocientas leguas de aquí, cuyo idioma no entiendo? Eso es una extravagancia ridícula. Ahora mismo me voy a casa del señor abate de Santa Clotilde, que no dista más que una legua, y yo fío que hoy mismo me he de casar con mi amada.

En estas razones estaban cuando entró el baile que le preguntó, como lo tenía de costumbre, adónde iba.

—A casarme —le dijo el Ingenuo echando a correr.

Y en un cuarto de hora ya estaba en casa de su querida y hermosa bretona, que aún estaba durmiendo.

—¡Ay, hermano —le decía doña Ambrosia al prior—, nunca te saldrás con hacer subdiácono a nuestro sobrino!

El baile quedó muy disgustado con el viaje del Ingenuo, porque quería que su hijo se casara con Hortensia, y el tal hijo era todavía más necio y más inaguantable que su padre.

CAPÍTULO VI

DEL ARRIBO DEL INGENUO A CASA DE SU QUERIDA, Y DE OTROS SUCESOS QUE LE ENFURECIERON

Así que llegó el Ingenuo, preguntó a una criada vieja cuál era el cuarto de su ama, y dando un fiero empujón a la puerta, que no estaba más que entornada, se metió con ella en la cama. Despertó sobresaltada Hortensia, y dijo:

— ¡Qué, es usted! ¡Ah, usted es! Deténgase, ¿qué es lo que usted hace?

El Ingenuo respondió:

— Me caso.

Y efectivamente se casaba si ella no se hubiera resistido con toda la decencia de una persona bien criada.

No entendía el Ingenuo de chanzas, y todos estos melindres le parecían muy impertinentes.

— Pues no se portaba así —decía— mi primera querida Abacaba; usted no tiene probidad; me ha prometido matrimonio, y ahora no quiere matrimonio; eso es faltar a las primeras leyes del honor: yo la enseñaré a que cumpla su palabra y la pondré en el camino de la virtud.

El Ingenuo poseía una intrépida y varonil virtud, digna de su patrono Hércules, cuyo nombre le habían puesto en el bautismo, y la iba a ejercitar con toda latitud cuando, a los gritos agudos de la doncella — menos desafortunadamente virtuosa—, acudieron el prudente abate de Santa Clotilde y su ama, acompañados de un criado viejo y devoto y de un clérigo de la parroquia: vista que tuvo a raya el denuedo del atleta.

— ¡Dios mío, querido vecino! —le dijo el abate—, ¿qué hace usted aquí?

— Mi obligación —replicó el mancebo—: cumplir mi palabra, que es sagrada.

Se vistió Hortensia toda sonrojada y llevaron al Ingenuo a otro cuarto, donde le representó el abate la fealdad de su acción. El Ingenuo la defendió alegando las prerrogativas de la ley natural, que sabía muy bien; el abate le quiso probar que la ley positiva lo debía regir todo, y que sin los convenios que entre sí hacen los hombres, casi nunca fuera otra cosa la ley natural que un latrocinio natural.

— Son necesarios —le dijo— escribanos, sacerdotes, testigos, contratos y dispensas.

Le respondió el Ingenuo con la reflexión que siempre hacen los salvajes:

—Luego son ustedes muy malos, pues tantas precauciones necesitan.

El abate se vio apurado para resolver esta dificultad.

—Confieso —le dijo— que hay muchos inconstantes y muchos bribones entre nosotros, y lo mismo los habría entre los hurones si vivieran reunidos en pueblos grandes; pero también se hallan sujetos cuerdos, ilustrados y honrados, y estos han sido los que han hecho las leyes. El más hombre de bien ha de vivir más sujeto a ellas y dar ejemplo a los viciosos, para que respeten un freno que se ha impuesto a sí propia la virtud.

Esta respuesta hizo impresión en el Ingenuo, el cual ya hemos visto que tenía un juicio muy recto. Calmáronle con palabras halagüeñas y le dieron esperanzas, que son los dos lazos en que se prenden los hombres de ambos hemisferios; lleváronle al aposento de Hortensia cuando esta se hubo vestido y tocado, y en nada se faltó a la más escrupulosa decencia, puesto que con toda esta decencia los encendidos ojos de Hércules el Ingenuo, clavados en su amada, se los hacían bajar a esta y tenían asustados a los circunstantes.

Costó mucha dificultad que se volviera a casa de sus parientes, y fue necesario recurrir a la mediación de la bella Hortensia, la cual cuanto más veía que podía con él, más le quería. Le mandó que se fuera y ella se quedó muy afligida. Cuando se hubo marchado el Ingenuo, el abate, que era hermano más que mayor de Hortensia y con la añadidura de su tutor, se resolvió a poner a su pupila en salvo de los embistes de tan tremendo amante y fue a consultarlo con el baile, que teniendo destinado a su hijo para ser cuñado del abate, aconsejó a este que metiera a la pobre muchacha en una comunidad de monjas. Terrible golpe fue este para ella, porque si una doncella que no está enamorada tanto siente que la encierren en un convento, ¡cuánto se desesperaría una enamorada, y no menos que enamorada prudente!

Vuelto el Ingenuo a casa del prior, lo contó todo con su candor acostumbrado y oyó las mismas reconvenciones, que hicieron alguna mella en su entendimiento pero ninguna en sus deseos. Queriendo al otro día volver a casa de su amada a discurrir con ella acerca de la ley natural y la ley de convención, le dijo el señor Baile con una alegría burlona que estaba Hortensia en un convento.

—Pues bien —respondió—, iré a discurrir a ese convento.

—No puede ser —dijo el baile.

Y le explicó muy por menudo qué cosa era un convento; que esta voz se derivaba de la latina conventus, que quiere decir asamblea, pero el hurón no acababa de alcanzar por qué no le podían admitir en la asamblea. Luego que comprendió que era la asamblea una especie de cárcel donde encerraban a las doncellas, cosa horrorosa ignorada entre hurones y entre ingleses, se enfureció tanto como Hércules, su patrono, cuando Eurito, rey de Ecalia, no menos inhumano que el abate de Santa Clotilde, le negó a su hija la hermosa Yole, tan hermosa como la hermana del abate; y quiso ir a pegar fuego al convento, robar a su dama o arder con ella. Atemorizada doña Ambrosia, perdía más que nunca toda esperanza de ver a su sobrino subdiácono, y decía llorando que desde que le habían bautizado tenía el diablo en el cuerpo.

CAPÍTULO VII

QUE CUENTA CÓMO EL INGENUO AHUYENTÓ A LOS INGLESES

Sumido el Ingenuo en una negra y profunda melancolía, se paseaba a orillas del mar con su escopeta de dos cañones al hombro y su cuchillo de monte al lado, tirando de cuando en cuando a los pájaros y viniéndole arranques de tirarse a sí propio, puesto que aún conservaba apego a la vida por amor de su Hortensia. Ora echaba mil maldiciones a su tío, a su tía, a toda la Bretaña baja y a su bautismo, y ora los bendecía porque por ellos había conocido a su amada; se resolvía ya a ir a pegar fuego al convento, y luego se contenía

por temor de quemar con él a su dama: no así los vientos de Este y Oeste agitan las olas de la Mancha como su corazón le tenían agitado tantos impulsos contrarios.

Iba andando con precipitados pasos, sin saber adónde, cuando oyó tocar tambores y vio desde lejos la mitad del pueblo corriendo a la playa y la otra mitad que huía. Por todas partes resuenan millares de gritos, y su valor y la curiosidad incitan al Ingenuo a dirigirse hacia el paraje de donde venían los clamores; en cuatro brincos ya estaba allá. Le conoció al instante el comandante de milicias que había cenado con él en casa del prior y se fue para él con los brazos abiertos.

— ¡El Ingenuo, señores —dijo—, que peleará por nosotros!

Y los milicianos, que estaban muertos de miedo, cobraron ánimo diciendo:

— ¡El Ingenuo, el Ingenuo!

— Señores —les dijo este—, ¿de qué se trata? ¿Por qué están ustedes tan alborotados? ¿Han metido en conventos a sus queridas?

Mil confusas voces claman:

— ¿No está usted viendo desembarcar a los ingleses?

— Bien está —replicó el hurón—; los ingleses son muy hombres de bien, que nunca me han propuesto que me hiciera subdiácono ni me han quitado a mi querida.

Le hizo entonces entender el comandante que venían a saquear la abadía de la Montaña, a beberse el vino de su tío, y acaso a llevarse robada a Hortensia; que la lancha en que había él aportado a Bretaña no había venido más que a reconocer la costa; que cometían actos hostiles sin haber declarado la guerra al rey de Francia y que corría mucho peligro la provincia.

— Pues si es así —dijo el hurón—, quebrantan la ley natural: déjenme ustedes, que yo he vivido mucho tiempo con ellos, sé su lengua y les hablaré, y creo que no traen tan malas intenciones.

Entre tanto se venía acercando la escuadra inglesa: el hurón corre a su encuentro, salta en un barquichuelo, aborda, sube a la capitana y pregunta si es cierto que vienen a asolar el país sin haber declarado la guerra honrada-

mente. El almirante y toda la tripulación soltaron una gran carcajada, le brindaron con ponche y le dejaron ir en paz. Irritado el Ingenuo, solo pensó en pelear bien contra sus antiguos amigos en defensa de sus paisanos y del señor prior. Por todas partes acudían los nobles de las inmediaciones; se reúne con ellos: unos cañones que había los carga, los pone en puntería y los dispara uno tras otro. Desembarcados los ingleses, embiste con ellos, mata a tres él propio y hiere al almirante que se había reído de él; se anima con su denuedo toda la milicia, huyen por la mar los ingleses y resuena toda la playa con gritos de victoria: "¡Viva el rey, viva el Ingenuo!". Todos le abrazaban, todos a porfía restañaban la sangre que corría de algunas leves heridas que había recibido.

—¡Ah! —decía—, si estuviera aquí mi Hortensia me pondría una venda.

El baile, que había estado escondido en su sótano mientras duró el combate, le vino a cumplimentar como todos los demás; pero se quedó atónito oyendo a Hércules el Ingenuo que decía a una docena de mozos de pelo en pecho que cabe él estaban:

—Amigos, no basta haber librado la abadía de la Montaña; ahora es necesario librar a una doncella.

Inflamóse esta ferviente mocedad al oír estas razones, y le iban siguiendo de tropel encaminándose hacia el convento, cuando el baile dio soplo al comandante, que despachó milicianos para detener a la gente alegre, sin lo cual era un negocio concluido. Llevaron al Ingenuo a casa de su tío y su tía, que le inundaron en lágrimas de cariño.

—Bien veo —le dijo su tío— que no serás nunca ni subdiácono ni prior, más sí oficial, más valiente aún que mi hermano el capitán y acaso tan pobreton.

Doña Ambrosia no cesaba de llorar dándole mil abrazos y diciendo:

—Le matarán como a mi hermano; más valiera que fuese subdiácono.

En la pelea el Ingenuo había cogido un enorme bolsón atestado de guineas que, sin duda, se le había caído al almirante, y no dudó que con este dinero podía comprar toda la Bretaña baja y hacer de su Hortensia una muy principal señora. Exhortáronle todos a que fuese a Versalles a recibir el pago de sus buenos servicios; llenáronle de certificados los primeros oficiales y el comandante; aprobaron el viaje el tío y la tía, porque sin dificult-

tad le presentarían al rey y eso le daría un crédito infinito en toda la provincia. Estas dos bonísimas personas añadieron al bolsón inglés un cuantioso regalo de sus ahorros. El Ingenuo decía entre sí: "Cuando vea al rey le pediré la mano de Hortensia, y ciertamente no me la negará". Partióse, pues, en medio de las aclamaciones y vítores de la comarca, sofocado a fuerza de abrazos, bañado en lágrimas de su tía, colmado de las bendiciones de su tío y encomendándose a la bella Hortensia.

CAPÍTULO VIII

QUE TRATA DEL VIAJE DEL INGENUO A LA CORTE, Y DE LA CENA QUE EN EL CAMINO HIZO CON UNOS HUGONOTES

Se puso en camino el Ingenuo para Saumur por el coche de la diligencia, no habiendo otro carruaje. Se asombró cuando llegó a Saumur de ver casi despoblada la ciudad y muchas familias que se preparaban para abandonarla, y le dijeron que seis años atrás había en el pueblo más de quince mil almas, y que apenas quedaban seis mil. Habló de esto en la posada, donde había varios protestantes a la mesa; unos se quejaban amargamente, otros bramaban de rabia y otros decían llorando:

—Nos dulcia linquimus arva, nos patriam fugimus (Nosotros abandonamos nuestros dulces campos, nosotros huimos de nuestra patria).

El Ingenuo, que no sabía el latín, preguntó qué querían decir estas palabras y le respondieron:

—Nosotros abandonamos nuestros dulces campos y huimos de nuestra patria.

—¿Y por qué huyen ustedes, señores, de su patria?

—Porque quieren que reconozcamos al Papa.

—¿Y por qué no le reconocen ustedes? ¿No tienen madrinas con quien se quieran casar? Porque me han dicho que él era el que daba licencia para eso.

—Señor, si dice ese Papa que es árbitro de las coronas de los reyes.

—¿Y ustedes, señores, de qué oficio son?

—Caballero, los más somos mercaderes de paños y fabricantes.

—Pues si ese Papa dice que es árbitro de los paños y fábricas de ustedes, harán muy bien en no reconocerle; pero de los reyes, allá ellos se las hayan: ¿en qué se meten ustedes?

Entabló entonces la conferencia un hombrecito negro, y expuso tan doc-
tamente los agravios de sus hermanos, pintó con tal energía la revocación
del edicto de Nantes, lamentó tan patéticamente la suerte de cincuenta mil
familias prófugas y otras cincuenta mil convertidas por los dragones, que al
Ingenuo le corrían las lágrimas de hilo en hilo.

—¿Pues cómo —decía— un rey tan grande, que tiene nombradía aun en-
tre los hurones, se priva así de tantos vasallos que le habrían amado de todo
corazón y le hubieran servido con sus brazos?

—Porque le han engañado como engañan a los otros reyes grandes —
respondió el hombre negro—, haciéndole creer que así que dijese una pal-
abra todos pensarían como él, y que nos haría mudar de religión como hace
mudar su músico Lully los bastidores de su ópera. No solo ha perdido ya
quinientos o seiscientos mil vasallos útiles, sino que los ha convertido en
enemigos implacables; y el rey Guillermo, que actualmente es dueño de
Inglaterra, ha formado muchos regimientos con los franceses mismos que
habrían peleado por su monarca. Y lo que es más de maravillar es tamaño
desastre, que el Papa reinante, a quien sacrifica Luis XIV una porción de su
pueblo, es su enemigo declarado. Nueve años hace que está viva una vio-
lenta contienda entre ambos, tan enconada que al fin ha esperado la Francia
ver roto el yugo que la sujeta tantos siglos hace a un extranjero, y sobre
todo no contribuirle con dinero, que es el primer móvil de los asuntos de
este mundo. De suerte que parece cosa evidente que han engañado a este

gran rey, no menos acerca de sus intereses que de los límites de su poder, dando una torcida dirección a la magnanimidad de su pecho.

Cada vez más enternecido, el Ingenuo preguntó quiénes eran los franceses que así engañaban a un monarca tan amado de los hurones.

—Los jesuitas —le respondieron—, y especialmente el padre de La Chaise, confesor de su majestad; mas esperemos que los ha de castigar Dios un día, y que serán desterrados como hoy somos desterrados por ellos. ¿Hay mayor desdicha que la nuestra? El señor de Louvois nos acosa por todas partes con jesuitas y dragones.

—Bien está, señores —replicó el Ingenuo, que no podía contener ya su despecho—; yo voy a Versalles a recibir la recompensa que a mis servicios se deben y hablaré con ese señor de Louvois. Dicen que él es quien hace la guerra desde su gabinete: yo veré al rey y le diré la verdad, y es imposible que no enmiende sus yerros así que los sepa. Dentro de breve tiempo volveré a casarme con doña Hortensita y los convidó a ustedes para la boda.

Aquellos buenos hugonotes creyeron que era algún gran señor que caminaba de incógnito en la diligencia, y algunos le tuvieron por el bufón del rey. Había a la mesa un jesuita disfrazado, que era espía del reverendo padre de La Chaise y le daba cuenta de todo, y el padre de La Chaise pasaba sus avisos al señor de Louvois. Escribió el espía, y el Ingenuo y la carta llegaron casi a un mismo tiempo a Versalles.

CAPÍTULO IX

QUE CUENTA EL ARRIBO DEL INGENUO A VERSALLES Y SU RECIBIMIENTO EN PALACIO

Desembarcó el Ingenuo de un calesín en Versalles y preguntó a los mozos de esquina a qué hora se podía hablar al rey. Echaron los mozos a reírse en sus barbas, lo mismo que había hecho el almirante inglés, y les dio el mismo pago, quiero decir que los aporreó; quisieron ellos restituirle los golpes y se hubiera ensangrentado la escena si no hubiera acertado a pasar un guardia de Corps, hidalgo bretón, que ahuyentó la canalla.

—Caballero —le dijo el caminante—, usted tiene traza de ser hombre de bien: yo soy sobrino del señor prior de Nuestra Señora de la Montaña, he muerto a unos cuantos ingleses y vengo a hablar con el rey; y así le ruego a usted que me lleve a su cuarto.

Contentísimo el guardia con haber dado con un guapo de su tierra, que no estaba informado de los estilos de palacio, le dijo que no hablaba nadie así como quiera con el rey, y que era necesario que le presentara el excelentísimo señor de Louvois.

—Pues bien, lléveme usted a casa de ese excelentísimo, el cual sin duda me conducirá al rey.

—Todavía es asunto más arduo —replicó el guardia— hablar con el excelentísimo señor de Louvois que con su majestad; pero voy a llevar a usted a casa del señor Alejandro, oficial primero de guerra, que es lo mismo que si hablase con el ministro.

Fuéronse, pues, a casa del tal señor Alejandro, y no pudieron entrar porque estaba tratando de asuntos con una señora de palacio y había orden de no dejar entrar a nadie.

—Vale que nada se ha perdido —dijo el guardia—; iremos a casa del primer escribiente del señor Alejandro, que es como si habláramos con el señor Alejandro en persona.

Le siguió atónito el hurón y estuvieron juntos media hora en una antesala chica.

—¿Qué significa esto? —dijo el Ingenuo—; ¿es invisible todo el mundo en esta tierra? Mucho más fácil es pelear en la Bretaña baja contra ingleses que topar en Versalles las personas con quien tiene uno que tratar.

Divirtió el tiempo contando sus amores a su paisano, pero dio la hora y tuvo el guardia de Corps que volverse a su puesto. Ambos se dieron palabra

de volverse a ver al otro día, y el Ingenuo aguardó otra media hora en la antesala pensando en Hortensia y en la dificultad de hablar con los reyes y con los oficiales primeros.

Al fin salió el amo.

— Señor mío — le dijo el Ingenuo —, si hubiera yo aguardado para rechazar a los ingleses tanto tiempo como me ha hecho usted aguardar para darme audiencia, estarían ahora talando la Bretaña baja muy a su sabor.

Estas razones llamaron la atención del oficial, que le dijo:

— ¿Qué es lo que usted pide?

— Recompensa — dijo el otro —: estos son mis méritos.

Y le enseñó todos sus certificados. Hizo el oficial que leía, y le dijo que regularmente le darían permiso para comprar una tenencia.

— ¡Yo dar dinero por haber rechazado a los ingleses! ¡Pagar el derecho de que me maten por ustedes, mientras están con mucho sosiego dando sus audiencias! Creo que usted se chancea; una compañía de caballería de balde quiero que mande el rey. Quiero sacar a doña Hortensita del convento y me la dé por mujer; quiero hablar al rey en favor de cincuenta mil familias que pretendo restituirle; quiero, en una palabra, ser útil, que me empleen y me adelanten.

— ¿Cómo se llama usted, caballero, que con tanta arrogancia habla?

— ¡Ta, ta! — repuso el Ingenuo —, ¿conque no ha leído usted mis certificados? ¿Así desempeña su cargo? Me llamo Hércules de Kerkabon; estoy bautizado, vivo en la posada del Reloj del Sol y me quejaré de usted al rey.

El oficial coligió, como los pasajeros de Saumur, que adolecía de los cascos, y no hizo aprecio de lo que decía. Aquel mismo día había recibido el reverendo padre de La Chaise, confesor de Luis XIV, la carta de su espía en que acusaba al bretón Kerkabon de que dentro de su corazón era fautor de hugonotes y desaprobaba la conducta de los jesuitas. Por su parte, el señor de Louvois había tenido otra del baile preguntón, pintándole al Ingenuo como un tunante que quería incendiar los conventos y robar las doncellas.

Habiéndose paseado el Ingenuo por los jardines de Versalles, donde se aburrió, y habiendo cenado como un hurón y un bretón, se acostó con la ha-

lagüña esperanza de ver al rey al día siguiente, de alcanzar la mano de Hortensia y una compañía de caballería cuando menos, y de hacer que cesara la persecución contra los hugonotes. Deleitábase con tan alegres pensamientos, cuando a deshora entró la ronda en su cuarto y lo primero que hizo fue coger su escopeta de dos cañones y su gran sable. Hicieron luego un inventario del dinero que tenía y se le llevaron al castillo construido por el rey Carlos V, hijo de Juan II, junto a la calle de San Antonio, puerta de las Tournelles.

Cuál fuese en el camino el asombro del Ingenuo, ya se lo podrá figurar el lector. Primero creyó que estaba soñando y se quedó como en un letargo; y luego, de repente, arrebatado de una furia que doblaba sus fuerzas, coge del pescuezo a dos de sus conductores que iban con él en el coche, los tira por los estribos, se arroja tras de ellos y se lleva tras de sí al tercero que le quiso detener. Con la fuerza que hizo se cayó; le maniataron y le volvieron a meter en el coche.

— ¡Conque esto —decía— es lo que se gana con echar a los ingleses de la Bretaña baja! ¿Qué diríais, hermosa Hortensia, si en este estado me vierais?

Al fin llegan al alojamiento que le tenían preparado y le llevan con mucho silencio al aposento donde había de ser encerrado, como un cadáver que llevan al cementerio. Ya estaba el cuarto ocupado por un solitario anciano de Port-Royal llamado Gordon, el cual estaba allí dos años hacía. Díjole el capataz de los corchetes:

— Abuelo, aquí le traigo compañía.

Y luego al punto se cerraron los enormes cerrojos de la espesa puerta, forrada de gruesas y anchas barras de hierro, y quedaron separados del mundo entero ambos cautivos.

CAPÍTULO X

DONDE SE CUENTA LO QUE HIZO EL INGENUO ENCARCELADO EN LA BASTILLA CON UN JANSENISTA

Era el señor Gordon un anciano robusto y sereno que sabía dos cosas muy arduas: llevar con paciencia la adversidad y consolar a los desgraciados. Se acercó a su compañero con ademán de franqueza y compasión y le dijo dándole un abrazo:

—Cualquiera que sea usted que viene a ser participante de mi sepulcro, esté cierto de que siempre me olvidaré de mí propio por calmar sus tormentos en el abismo infernal en que estamos metidos. Adoremos a la Providencia que a él nos ha traído; padezcamos con paciencia y esperemos.

Hicieron estas razones en el ánimo del Ingenuo el mismo efecto que las gotas de Inglaterra, que tornan a un moribundo a la vida haciéndole entreabrir ojos espantados.

Después de los primeros cumplidos, Gordon, sin rogarle que le dijera el motivo de su desdicha, con lo ameno de su conversación y con el interés con que mira un desventurado a otro, le inspiró el deseo de explayar su pecho y deponer la carga que le abrumaba; mas no podía atinar con la causa de su desgracia, que le parecía un efecto sin ella, y no estaba el buen Gordon menos confuso que el Ingenuo.

—Es fuerza —dijo el jansenista al hurón— que tenga Dios altos designios respecto de usted, pues le ha traído del lago Ontario a Inglaterra y a Francia, le ha hecho bautizarse en la Bretaña baja y le ha puesto aquí para que se salve.

—A fe —respondió el Ingenuo— que pienso que el diablo solo es quien ha ordenado mi suerte: nunca mis paisanos de América me habrían tratado con la barbaridad que estoy aguantando, ni tienen idea de ella; los llaman salvajes y son hombres muy bastos, pero las gentes de este país son pícaros muy finos. Sí que me parece muy extraño haber venido de otro mundo para que en este me encerraran con cuatro candados en compañía de un clérigo; mas cuando contemplo la portentosa muchedumbre de hombres que dejan un hemisferio para que los maten en el otro, o naufragan en el camino y son

comidos por peces, no veo los misericordiosos juicios de Dios con toda esa gente.

Les trajeron de comer por una rejilla. La conversación fue sobre la Providencia, las órdenes por la vía reservada (lettres de cachet) y el arte de no amilanarse por las desgracias a que están expuestos todos cuantos viven en este mundo.

—Dos años hace que estoy aquí —dijo el viejo— sin otro consuelo que yo propio y mis libros, y en todos ellos no he tenido un rato de mal humor.

—¡Ah! Señor Gordon —exclamó el Ingenuo—, usted no está enamorado de su madrina; si conociera, como yo, a doña Hortensita, estaría desesperado.

Diciendo estas palabras no pudo contener las lágrimas y se sintió entonces algo más aliviado.

—¿Por qué nos alivia el llanto? —dijo—. A mí me parece que había de producir el efecto contrario.

—Hijo mío, todo en nosotros es físico —le respondió el digno anciano—; toda secreción hace provecho al cuerpo, y todo cuanto a este alivia, alivia al alma, que somos las máquinas de la Providencia.

El Ingenuo, que, como muchas veces hemos dicho, tenía mucho entendimiento, reflexionó profundamente en esta idea, cuyas semillas tenía al parecer en la cabeza, y preguntó luego a su compañero por qué estaba metida su máquina en aquel encierro.

—Por la gracia eficaz —respondió Gordon—: me tienen por jansenista; he sido amigo de Arnauld y Nicole, y nos han perseguido los jesuitas. Creemos que el Papa es un mero obispo como los demás, y por eso el padre de La Chaise ha alcanzado del rey, su penitente, una orden para privarme, sin formalidad ninguna de justicia, del bien más precioso de los humanos: de la libertad.

—Rara cosa es —dijo el Ingenuo—; todos cuantos desventurados he topado lo son a causa del Papa. Por lo que hace a la gracia eficaz, confieso que no sé lo que es; pero miro como una muy especial la que me ha hecho Dios de encontrar en medio de mi desdicha a un hombre como usted, que destila en mi corazón consuelos de que no me creía capaz.

Cada día eran más instructivos y más interesantes sus coloquios, y se estrechaba más el alma de un preso con la del otro. El viejo sabía mucho y el mozo quería aprender mucho. Al cabo de un mes supo la geometría y se la bebía. Gordon le dio a leer la física de Rohault, que todavía estaba de moda; pero tenía tan sano juicio que solo encontró en ella incertidumbres y duda. Luego leyó el primer tomo de la Investigación de la verdad, y esta nueva luz alumbró su inteligencia.

— ¡Conque así nos engañan — dijo — nuestra imaginación y nuestros sentidos! ¡Conque no son los objetos los que forman nuestras ideas, ni las podemos producir nosotros mismos!

No le gustó tanto el segundo tomo y coligió que es más fácil destruir que edificar; y su compañero, atónito de que una reflexión que es hija del continuo ejercicio de la razón hubiese venido a un mancebo ignorante, cobró alta idea de su entendimiento y se le aficionó más.

— Su Malebranche de usted — le dijo un día el Ingenuo — me parece que ha escrito la mitad de su libro con su razón y la otra mitad con su imaginación y sus preocupaciones.

Pocos días después le preguntó Gordon:

— ¿Qué piensa usted del alma, del modo como recibimos nuestras ideas, de nuestra voluntad, de la gracia, del libre albedrío?

— Nada — le replicó el Ingenuo —; y si algo pensara, sería que estamos bajo la mano del Eterno Ser como los astros y los elementos; que lo hace todo él en nosotros; que somos unas ruedecillas de la máquina inmensa cuya alma es Dios; que este obra en virtud de leyes generales y no con fines particulares. Solo esto me parece inteligible; todo lo demás es para mí un piélago de tinieblas.

— Pero hijo mío, eso es hacer a Dios autor del pecado.

— Pero, padre, la gracia eficaz de usted también hace a Dios autor del pecado, porque sabe que todos aquellos a quienes niegue esta gracia han de pecar. ¿Pues no es autor del mal quien nos entrega al mal?

Este reparo tan sencillo puso en apuros al buen viejo, el cual veía que hacía vanos esfuerzos para zafarse del lodazal; y tantas palabras hacinaba que tenían vislumbre de significar algo y no querían decir nada, a guisa de

la premoción física, que se encogía de hombros el Ingenuo. Estaba esta cuestión visiblemente conexas con el origen del bien y el mal; y entonces era fuerza pasar revista a la caja de Pandora, al huevo de Orosmales horadado por Arimanes, a la enemistad de Tifón con Osiris y finalmente al pecado original; y ambos corrían por esta profunda noche sin encontrarse nunca, puesto que esta novela del alma divertía su pensamiento de la contemplación de sus propias desventuras, y por un raro prestigio la muchedumbre de calamidades sembradas en el universo disminuía el sentimiento de sus duelos, como si no fueran osados a quejarse cuando todos padecían. En el descanso de la noche la imagen de la bella Hortensia borraba, empero, en el ánimo de su amante toda idea de metafísica y moral: se despertaba bañados los ojos en lágrimas, y el jansenista viejo se olvidaba de la gracia eficaz, y del abad de Saint-Cyran y de Jansenio por consolar a un mozo que creía en pecado mortal.

Después de sus lecturas y sus reflexiones volvían de nuevo a sus aventuras; y cuando habían hablado inútilmente de ellas, leían juntos o separados. Se fortificaba más y más la inteligencia del mancebo y hubiera adelantado mucho, particularmente en las matemáticas, si no hubiera sido por las distracciones que Hortensia le causaba.

Leyó algunas historias que le dieron pesadumbre, pareciéndole el linaje humano muy perverso y muy desventurado. Efectivamente, la historia no es otra cosa que un retablo de delitos y desdichas; siempre en estos vastos teatros se esconde la muchedumbre de hombres inocentes y pacíficos, y los protagonistas son únicamente los ambiciosos perversos. Parece que si la historia agrada es como la tragedia, que desmaya cuando no la animan las pasiones, las acciones atroces y los crueles infortunios, y que es necesario armar a Clío con un puñal como a Melpómene; pero puesto que la historia de Francia está tan llena de horrores como todas las demás, le pareció tan repugnante en sus principios, tan sin jugo en los siglos medios y tan mezquina al fin, aun en tiempo de Enrique IV, y siempre tan falta de monumentos grandes, tan ajena de los bellos descubrimientos con que se han ilustrado otras naciones, que se veía precisado a vencer su fastidio para leer el pormenor de oscuras calamidades limitadas a un rincón del mundo.

Lo mismo que él pensaba Gordon. Ambos se reían de desprecio cuando se trataba de los soberanos de Fezensac, de Fesansaguet y de Astarac; estudio que con efecto solo a sus herederos podría gustar, si los tuviesen. Los

claros siglos de la república romana le hicieron mirar algún tiempo con indiferencia lo restante de la tierra. Toda su alma la llenaba el espectáculo de Roma, vencedora y legisladora de las naciones, y se inflamaba su pecho al contemplar este pueblo que por espacio de setecientos años respiró el amor de la libertad y la gloria.

Así se le iban los días, las semanas y los meses, y en la mansión de la desesperación se hubiera reputado el Ingenuo por feliz a no estar enamorado. Su buena índole hacía que también se enterneciese con la memoria del prior de Nuestra Señora de la Montaña y la afectuosa doña Ambrosia.

—¿Qué dirán —repetía— cuando no reciban noticias mías? Creerán que soy un desconocido.

Esta idea le atormentaba, y se dolía más de los que le querían que de sí propio.

CAPÍTULO XI

QUE TRATA DE LOS PROGRESOS DE LA INTELIGENCIA DEL INGENUO

La lectura agranda el ánimo y un amigo sabio le consuela. Nuestro cautivo poseía estos dos bienes, que antes ni siquiera sospechaba que los tuviese.

—Tentado estoy —decía— a creer en las metamorfosis, porque yo de bruto me he convertido en hombre.

Formó con parte de su dinero, de que le dejaban que dispusiese, una biblioteca selecta, y habiéndole exhortado su amigo a sentar por escrito sus reflexiones, escribió sobre la historia antigua lo siguiente:

«Me figuro que las naciones han sido mucho tiempo lo que yo era, que no se han instruido hasta muy tarde y que por espacio de muchos siglos solo se han ocupado en el tiempo presente, muy poco en el pasado y nada en el futuro. Quinientas o seiscientas leguas de Canadá he andado, y no he hallado ni un monumento, ni nadie sabe qué hacía su bisabuelo. ¿No es este el estado natural del hombre? La especie de este continente me parece muy superior a la del otro por haber aumentado, muchos siglos hace, su ser con los conocimientos y las artes. ¿Consiste esto en que tienen barbas y Dios se las ha negado a los americanos? Creo que no, porque veo que los chinos, que tampoco tienen barbas, cultivan las artes más de cinco mil años hace. Efectivamente, si poseen anales de más de cuatro mil años, fuerza es que la nación estuviese reunida y floreciente más de cincuenta siglos hace.

»Lo que más extraño en esta historia antigua de China es que casi toda ella es verosímil y natural, y me maravilla que no cuente milagros. Las más de las naciones se han atribuido un origen fabuloso. Las crónicas antiguas de la historia de Francia, que no son muy antiguas, hacen a los franceses descendientes de un Franco, hijo de Héctor; los romanos se decían oriundos de un frigio, y no había en su idioma ni siquiera un vocablo que tuviese la conexión más remota con el frigio; los dioses habían residido diez mil años en Egipto y los diablos en Escitia, donde engendraron a los hunos. Antes de Tucídides solo veo novelas semejantes a los Amadises, pero menos divertidas: en todas partes apariciones, oráculos, portentos, hechicerías, metamorfosis, sueños interpretados que deciden de la suerte de los mayores imperios y de los estados más cortos; aquí animales que hablan; allá animales deificados, dioses transformados en hombres y hombres convertidos en dioses. ¡Ah! Si necesitamos fábulas, sean a lo menos emblemas de la verdad. Me placen las fábulas de los filósofos, me divierten las de los muchachos y aborrezco las de los impostores.»

Le vino un día a las manos una historia del emperador Justiniano, y leyó en ella que unos apedeutas de Constantinopla habían fulminado en malísimo griego un edicto contra el mayor capitán de su siglo, porque en el calor de la conversación había dicho este héroe: "La verdad luce por sí propia, y los entendimientos no se iluminan con la llama de las hogueras". Fallaron los apedeutas que era esta una proposición herética, sapiens haeresim, y que el contrario axioma era católico, apostólico y griego: "Los entendimientos se iluminan con la llama de las hogueras, y la verdad no luce por sí propia".

Los linostolas condenaron otras muchas proposiciones semejantes de aquel capitán y expidieron un edicto.

— ¡Cómo! — exclamó el Ingenuo —. ¡Edictos dados por semejantes hombres!

— No son edictos — exclamó Gordon —, que son contra-edictos de que se mofaba todo el mundo en Constantinopla y el emperador el primero; porque era un príncipe muy discreto que había sabido reducir a los apedeutas linostolas a que no pudiesen hacer daño, informado de que estos caballeros y otros muchos pastoforos habían fatigado la paciencia de los emperadores sus antecesores a fuerza de contra-edictos sobre materias de mayor gravedad.

— Hizo muy bien — dijo el Ingenuo —; los pastoforos han de ser protegidos y enfrenados.

Escribió otras muchas reflexiones que espantaron al buen anciano, el cual decía entre sí:

— ¡Conque yo que he gastado cincuenta años en instruirme, me temo no poder alcanzar a la sana razón natural de este mozo casi salvaje! ¿Si me habré afanado en fortalecer preocupaciones cuando él solo la naturaleza escucha?

Tenía el buen Gordon algunos libretos de crítica, algunos folletos, periódicos, aborto de hombres que, incapaces de hacer nada, denigran lo que otros hacen, y donde un Visé insulta a Racine, y a Cervantes un Avellaneda. Pasó la vista el Ingenuo por unos pocos y dijo:

— Estos escritores los comparo yo a los moscardones que van a depositar sus huevos en el trasero de los más briosos caballos, que no por eso detienen su carrera.

Apenas se dignaron ambos filósofos a parar la vista en estas inmundicias de la literatura.

Luego leyeron juntos los elementos de astronomía; el Ingenuo hizo traer esferas y estaba embelesado con este espectáculo.

— Cosa dura es — decía — haber empezado a conocer el cielo cuando me han quitado la facultad de contemplarle. Júpiter y Saturno giran en estos inmensos espacios; millones de soles alumbran millares de millones de mun-

dos; ¡y en el rincón de tierra donde yo vivo hay entes que me privan a mí, a un ser que ve y que piensa, de todos estos mundos adonde puede alcanzar mi vista, y del mundo donde Dios me ha criado! ¡Y la luz que a todo el universo alumbra es perdida para mí! No me la escondían, no, en el horizonte septentrional donde he pasado mi niñez y mi primera juventud. Sin usted, amado Gordon, viviría sepultado en la nada.

CAPÍTULO XII

DEL JUICIO QUE HIZO EL INGENUO DE LAS PIEZAS DRAMÁTICAS

Era parecido este mozo a aquellos robustos árboles que, habiendo nacido en un terreno infecundo, en muy breve tiempo se llenan de ramas y echan hondas raíces si los trasplantan a una tierra propicia; y era cosa extraordinaria que esta tierra propicia fuera una cárcel.

Entre los libros que ocupaban los ratos de ambos cautivos había poesías, versiones de tragedias griegas y algunas piezas de teatro francesas. Los versos eróticos llenaban el pecho del Ingenuo de gusto y de pesar: todos le hablaban de su cara Hortensia, y la fábula de los dos palomos le traspasó el corazón, que estaba muy lejos de su palomar el triste.

Molière le arrobaba, porque le ponía ante los ojos las costumbres de París y de todo el género humano.

—¿Cuál de sus comedias le parece a usted la mejor?

—El hipócrita (Tartufo), sin duda.

—Lo mismo pienso yo —dijo Gordon—: un hipócrita es quien me ha metido en este calabozo y acaso otros hipócritas le persiguen a usted.

—¿Qué tales le parecen a usted las tragedias griegas?

—Buenas para los griegos —dijo el Ingenuo.

Mas cuando leyó la Ifigenia moderna, Fedra, Andrómaca y Atalía, se quedó extático, suspiró, vertió lágrimas y las supo de memoria sin haber hecho ánimo de aprenderlas.

—Lea usted a Rodoguna —le dijo Gordon—, que, según dicen, es la obra maestra del teatro; las demás, que tanto le han gustado, valen poco comparadas con esta.

Desde la primera página le dijo el mozo:

—Esta tragedia no es del mismo autor.

—¿Pues en qué lo conoce usted?

—Todavía no sé; pero esta versificación no me peta ni al oído ni al corazón.

—¡Oh! La versificación no quiere decir nada —replicó Gordon.

Y el Ingenuo le respondió:

—¿Pues para qué es versificar?

Habiendo leído con mucha atención la pieza, sin otra intención que la de recibir gusto, miraba a su amigo con atónitos y enjutos ojos y sin saber qué decirle; al cabo, instando este para que le dijera su sentir, le respondió así:

—El principio no lo he comprendido, el medio me ha repugnado, la última escena me ha movido mucho, puesto que me ha parecido poco verosímil; nadie me ha interesado y no he retenido veinte versos de memoria, aunque los retengo todos cuando me gustan.

—Pues esta pieza está reputada la mejor de cuantas tenemos.

—Si es así —replicó—, se parece por ventura a muchos individuos que no son merecedores del lugar que ocupan. Al cabo esto es materia de buen gusto y el mío aún no debe de estar formado. Puede que me equivoque; pero bien sabe usted que estoy acostumbrado a decir lo que pienso, o por mejor decir lo que siento. Presumo que muchas veces la ilusión, la moda y

el antojo influyen en las decisiones de los hombres. En lo que he dicho he consultado con la naturaleza; puede ser que esta en mí sea muy imperfecta, pero también es factible que a veces consulten poco con ella los más de los hombres.

Recitó entonces unos versos de Ifigenia, en que estaba empapado, y aunque no declamaba bien, los dijo con tanta naturalidad y tal calor que le sacó las lágrimas al anciano jansenista. Luego leyó Cinna y no lloró, pero quedó absorto.

CAPÍTULO XIII

DEL VIAJE A VERSALLES DE LA HERMOSA HORTENSIA

Mientras que nuestro malhadado se ilustraba más que se consolaba, y mientras su inteligencia con tanto vigor y presteza se desarrollaba; mientras perfeccionándose en él la naturaleza le vengaba de los agravios de la fortuna, ¿qué se hacían el señor prior y su buena hermana, y Hortensia, la bella reclusa? El mes primero estuvieron con zozobra; el tercero se abandonaron al dolor más acerbo, sobresaltados con falsas conjeturas y mal fundados rumores; a los seis meses creyeron que se había muerto. Finalmente, supieron el prior y su hermana, por carta que un guardia de corps escribió a un amigo suyo, que había llegado una tarde a Versalles un mancebo parecido al Ingenuo, pero que aquella noche se lo habían llevado de la posada y que nadie había vuelto a saber de él.

— ¡Ay! — dijo doña Ambrosia —, algún disparate habrá hecho nuestro sobrino y estará metido en un atolladero. Mozo y bretón, no sabe cómo se debe portar uno en la corte. Querido hermano, yo nunca he estado en Ver-

salles ni en París; esta es buena ocasión; puede ser que hallemos a nuestro pobre sobrino, que es hijo de nuestro hermano, y es obligación nuestra socorrerle. ¿Quién sabe si al cabo conseguiremos que se ordene de subdiácono cuando le haya pasado el fuego de la mocedad? Ya sabes qué disposiciones tenía para las ciencias y cómo discurría sobre el Antiguo y Nuevo Testamento. Nosotros respondemos de su alma, que fuimos los que hicimos que se bautizase; su querida doña Hortensita se llevaba llorando los días enteros. Vamos a París, y si está metido en una de esas malditas casas de mancebía de las cuales nos han dicho tantas cosas, le sacaremos de allí.

Movieron al prior las razones de su hermana y fue a verse con el obispo de San Malo, que había bautizado al hurón, a quien pidió consejos y protección. Este prelado aprobó el viaje y dio cartas de recomendación al prior para el padre de La Chaise, confesor del rey, que ejercía la principal dignidad del reino; para el arzobispo de París, Harlay, y para el obispo de Meaux, Bossuet.

Partieron en fin el hermano y la hermana; pero cuando llegaron a París se encontraron como perdidos en un vasto laberinto sin luz y sin salida. Era corto su caudal, todos los días necesitaban coches para hacer averiguaciones y no averiguaban nada. El prior se presentó en casa del reverendo padre de La Chaise, que estaba con mademoiselle du Tron, y no podía dar audiencia a prior ninguno. Fue luego hasta la puerta del arzobispo; pero estaba encerrado su ilustrísima con la hermosa madame de Lesdiguières para tratar de negocios eclesiásticos. Dirigióse de allí a la casa de campo del obispo de Meaux, el cual estaba examinando con mademoiselle de Mauléon el amor místico de madame Guyon. Consiguió no obstante hablar con estos dos prelados, y ambos le dijeron que no se podían ingerir en el asunto de su sobrino no siendo subdiácono.

Por último, vio al jesuita con los brazos abiertos, protestándole que siempre le había mirado con particular aprecio, puesto que nunca le había oído mentar, y le juró que la Compañía era afectísima a todos los bretones.

—¿Acaso su sobrino de usted —continuó— tiene la desgracia de ser hugonote?

—No por cierto, reverendísimo padre.

—¿O será jansenista?

—Menos: puedo afirmar a vuestra reverencia que apenas es cristiano; once meses hace que le bautizamos.

—Está bien, está bien; ya haremos por él cuanto se pueda. ¿El beneficio de usted es pingüe?

—¡Oh! Muy corto y mi sobrino me cuesta mucho.

—¿Hay jansenistas en las inmediaciones? Mire usted, señor prior, que son más peligrosos que los hugonotes y los ateístas.

—Reverendísimo padre, ninguno tenemos ni saben en Nuestra Señora de la Montaña qué cosa es jansenismo.

—Más vale así: vaya usted con Dios y cuente con que haré cuanto pueda por servirle.

Despidió con mucho cariño al prior, y no se volvió a preocupar de él. El tiempo se iba y se desesperaban el prior y la buena de su hermana.

En tanto el maldito baile instaba por casar al pazguato de su hijo con la bella Hortensia, que para el caso habían sacado del convento. Esta quería a su ahijado tanto como detestaba al marido que le presentaban: su pasión creció considerando la afrenta que le habían hecho de ponerla en un convento, y subió de punto con la orden de casarse con el hijo del baile. Su alma estaba en vilo con las agitaciones del pesar, el horror y el cariño. Sabida cosa es que el amor es más osado y más ingenioso en una muchacha que la amistad en un prior anciano y en una tía de más de cuarenta y cinco años; sin contar que había perfeccionado su educación en el convento con las novelas que a hurtadillas leía.

No había la hermosa Hortensia echado en olvido la carta que había escrito el guardia de corps a la Bretaña baja y de que se había hablado en la provincia. Resolvióse a irse a informar en persona a Versalles, a echarse a los pies de los ministros si estaba su marido preso como decían, y lograr que le hicieran justicia. Un no sé qué le advertía en secreto que en la corte nada se niega a una niña bonita; pero no sabía lo que costaba. Así que estuvo resuelta se consoló y se serenó, puso buena cara al majadero de su novio, habló con agrado a su detestable suegro, halagó a su hermano y llenó de alegría toda la casa; y luego, el día aplazado para la boda, se salió en secreto de casa a las cuatro de la madrugada con sus regalos de novia y cuanto pudo recoger. Tan bien había concertado sus medidas, que había ya andado más

de diez leguas cuando a cosa de mediodía entraron en su cuarto. Grande fue la consternación y el asombro; y aquel día hizo el baile preguntador más preguntas que en toda una semana, y se quedó el novio más tonto de lo que tenía de costumbre. Irritado el abate de Santa Clotilde, se determinó ir en seguimiento de su hermana y le fueron acompañando el baile y su hijo. De esta suerte el destino llevaba a París casi todo un lugar de la Bretaña baja.

Bien se presumió la bella Hortensia que irían tras de ella. Iba a caballo, y preguntaba con maña a los correos si habían encontrado a un abate gordo, a un baile enorme y a un muchacho bobalicón que iban camino de París. El tercer día supo que venían cerca; y tomando distinto camino, tuvo dicha y habilidad suficiente para llegar a Versalles mientras la andaban buscando en balde en París.

¿Pero qué había de hacer en Versalles? Moza, hermosa, sin consejo, sin arrimo y sin conocidos, expuesta a todo, ¿cómo se había de aventurar a buscar a un guardia de corps? Ocurrióle dirigirse a un jesuita de escalera abajo, que los había para todos los estados de la vida humana. Como ha dado Dios, decían los padres, distintos alimentos a las varias clases de animales, así también ha dado al rey su confesor, que todos los pretendientes a beneficios llamaban "La cabeza de la iglesia galicana": luego venían los confesores de las princesas; los ministros no lo tenían, que no eran tan tontos. Había los jesuitas del vecindario rico, y especialmente los de las doncellas de servicio, por cuyo ministerio sabían los secretos de las amas; que no era empleo de poco más o menos. Dirigióse la bella Hortensia a uno de estos últimos, llamado el padre Bueno-a-todo (Tout-à-tous); se confesó con él, le contó sus aventuras, su situación, el peligro en que se hallaba y le rogó que la pusiese en casa de alguna buena devota donde estuviese fuera de los tiros de las tentaciones. El padre Bueno-a-todo la llevó a casa de la mujer de un oficial de la repostería, una de las penitentas más de su confianza. Luego que llegó, hizo por granjearse la gracia y la amistad de esta mujer; y habiéndose informado del paradero del guardia bretón, le envió a llamar. Díjole este que se habían llevado de la posada a su amante después de haber hablado con un oficial primero, y fue a toda prisa a casa de este oficial primero. La presencia de una mujer hermosa le ablandó, porque es cosa averiguada que Dios crió a las mujeres para amansar a los hombres. Enternecido el escribiente se lo confesó todo.

—Su amante de usted —le dijo— está en la Bastilla cerca de un año hace, y sin usted acaso estaría toda su vida.

Desmayóse la enamorada Hortensia; y cuando volvió en sí, continuó el escribiente:

—Yo no tengo crédito para hacer bien; todo cuanto puedo se reduce a hacer daño alguna vez. Créame usted, y váyase a casa del señor de Saint-Pouange, el cual hace bien y daño, siendo primo y valido de su excelencia el señor de Louvois. Este ministro tiene dos almas: la una es el señor de Saint-Pouange y la otra madame Dufresnoy; pero como esta no se halla por ahora en Versalles, no le queda a usted otro recurso que ablandar al protector que le he indicado.

Agitada la hermosa Hortensia por una leve alegría y un grandísimo pesar, por alguna esperanza y mil funestos temores, perseguida por su hermano, idolatrando a su amante, enjugando ora sus lágrimas y vertiendo otras de nuevo, temblando, perdidas las fuerzas, y cobrando luego aliento, fue volando y sin detenerse a casa del señor de Saint-Pouange.

CAPÍTULO XIV

DE LOS PROGRESOS DE LA INTELIGENCIA DEL INGENUO

Hacía el Ingenuo rápidos adelantamientos en las ciencias, y aún más en la ciencia del hombre. Debíase el presto desarrollo de su inteligencia, no menos que a su mucha capacidad, a su educación selvática; porque no habiendo aprendido nada cuando niño, no tenía preocupaciones ningunas; y no habiéndose doblado su entendimiento al error, veía las cosas como ellas

son, mientras que las ideas que en la niñez nos infunden hacen que toda la vida las veamos como no son.

—Los que persiguen a usted —decía a Gordon— son abominables hombres, y le compadezco a fuer de oprimido; pero también le compadezco a fuer de jansenista, porque toda secta me parece una bandera de error. Dígame usted si hay sectas en la geometría.

—No, hijo querido —le dijo suspirando el buen Gordon—; cuando está demostrada una verdad, todos están acordes en ella, pero están muy divididos acerca de las verdades oscuras.

—Diga usted acerca de las mentiras oscuras; porque si hubiera una sola verdad oculta en tanto argumento como hacían ustedes muchos siglos hace, sin duda estaría ya patente, y estaría el universo acorde a lo menos en este punto; y si fuese necesaria esta verdad como lo es el sol para la tierra, tan luciente sería como él. Es un absurdo, y un agravio al linaje humano, es una injuria al Ser infinito y supremo decir que haya una sola verdad esencial para el hombre que Dios haya escondido.

Todo cuanto decía este mozo ignorante, instruido por la naturaleza, hacía profunda impresión en el ánimo del docto y desventurado anciano.

—¿Será cierto —exclamaba— que haya yo labrado mi infelicidad por disparates? Mucho más cierto estoy de mi desdicha que de la gracia eficaz; toda mi vida la he gastado en discurrir acerca de la libertad de Dios y del género humano, y he perdido la mía; y ni San Agustín ni San Próspero me sacarán del abismo en que estoy metido.

Abandonándose a su carácter, el Ingenuo le dijo un día:

—¿Quiere usted que le hable con toda confianza? Los que se exponen a ser perseguidos por vanas disputas escolásticas me parecen unos desatinados; los que los persiguen, unos monstruos.

Ambos presos estaban acordes acerca de la injusticia de su cautividad.

—Cien veces más digno de compasión que usted soy yo —decía el Ingenuo—, que nací libre como el aire y tenía dos vidas: la libertad y el objeto de mi cariño; de ambas me privan, y los dos estamos encarcelados sin saber por qué ni a quién preguntárselo. Hurón he vivido por espacio de veinte años; dicen que son unos bárbaros porque se vengan de sus enemi-

gos, mas nunca oprimen a sus amigos; y apenas puse los pies en Francia, cuando he vertido mi sangre en su defensa, y acaso he librado una provincia, y en pago estoy enterrado en este sepulcro de vivos, donde sin usted me hubiera muerto de rabia. ¿Conque no hay leyes en este país, y condenan a los hombres sin oírlos? No sucede así en Inglaterra. ¡Ah, qué mal he hecho en pelear contra ingleses!

Así su naciente filosofía no era suficiente para domar la naturaleza agraviada en el más precioso de sus derechos, y dejaba que se explayase con libertad su justa indignación.

Su compañero no le contradecía. La ausencia siempre aumenta el amor no satisfecho, y no lo disminuye la filosofía. Con tanta frecuencia hablaba de Hortensia como de moral y metafísica, y cuando más se apuraban sus ideas, más la quería. Leyó algunas novelas modernas, y encontró muy pocas que le retratasen la situación de su alma, porque su corazón se dejaba muy atrás todo cuanto leía.

—¡Ah! —decía—, la mayor parte de estos escritores no tienen más que arte y agudeza.

Finalmente, el buen clérigo jansenista venía insensiblemente a ser confidente de sus amores; y él, que antes solo conocía el amor como un pecado de que se acusa el cristiano cuando se confiesa, aprendió a mirarlo como un afecto no menos noble que tierno, que puede exaltar el alma como afeminarla, y a veces producir heroicas virtudes; y por colmo de portentos, un hurón convertía a un jansenista.

CAPÍTULO XV

**DE CÓMO SE RESISTIÓ LA HERMOSA HORTENSIA A
PROPUESTAS MUY DELICADAS**

Más enamorada todavía que su amante, la bella Hortensia se fue a casa del señor de Saint-Pouange, acompañada de la amiga en cuya casa vivía, escondidas ambas en sus sombrerillos. Lo primero que vio a la puerta fue al abate de Santa Clotilde que salía de la audiencia, lo cual la llenó de miedo; pero su devota amiga la animó.

—Justamente porque han hablado contra usted —dijo— es indispensable que usted hable: esté cierta de que en esta tierra siempre dan razón a los acusadores si no se dan prisa a confundirlos; además de que, si no me engaño, la presencia de usted ha de ser más eficaz que las razones de su hermano.

A poco que animen a una amante apasionada se torna intrépida. Hortensia se presentó en la audiencia, y su juventud, su hermosura, sus amorosos ojos bañados en llanto llamaron la atención de todos; los cortesanos del sota-ministro se olvidaron por un momento del ídolo del poder por contemplar el de la beldad. Saint-Pouange la metió en un gabinete, y Hortensia habló con ternura y gracia. Se movió a piedad Saint-Pouange y calmó sus temores.

—Vuelva usted esta tarde —le dijo—: su asunto merece examinarse más despacio, y ahora hay mucha gente; las audiencias se dan muy de prisa y conviene hablar detenidamente de lo que a usted tanto interesa.

Elogiando luego su belleza y su modo de pensar, la citó para las siete de la tarde.

Hortensia no faltó a la cita; vino acompañada de su amiga la devota, que se quedó en la sala repasando el ejercicio cotidiano, mientras Saint-Pouange y la hermosa Hortensia hablaban en el retrete (gabinete privado).

—¿Querrá usted creer, señorita —le dijo aquel—, que ha venido su hermano a pedirme una orden por la vía reservada contra usted? Pero, hablando de veras, primero expediría yo una para mandarle volver a la Bretaña baja.

—¡Ah, caballero, con qué liberalidad se dan aquí las órdenes reservadas, pues de lo más remoto del reino las vienen a solicitar a guisa de pensiones! Muy lejos estoy yo de pedir una contra mi hermano. Muy agraviada he sido por él, pero respeto la libertad de los hombres, y solo pido la de uno que ha de ser mi esposo; uno a quien debe el rey la conservación de una de sus

provincias, que le puede servir útilmente y que es hijo de un oficial que murió sirviéndole. ¿De qué le acusan? ¿Cómo es posible que le hayan tratado con tanta crueldad sin oírle?

El sota-ministro le enseñó entonces las cartas del espía jesuita y del pérfido baile.

— ¡Conque monstruos semejantes viven sobre la tierra, y quieren que me case con el ridículo hijo de un hombre ridículo y perverso, y por delaciones tales deciden aquí de la suerte de los ciudadanos!

Se hincó de rodillas, pidió sollozando la libertad del hombre denodado que la idolatraba; y en este estado se mostraron más adorables sus gracias. Tan hermosa estaba que, perdiendo el rubor, Saint-Pouange le insinuó que todo lo conseguiría si le daba las primicias de lo que para su amante destinaba. Asustada Hortensia y confusa, fingió por un rato que no lo entendía; fue forzoso que se explicara con más claridad, y una palabra que soltaba primero con circunspección traía otra más clara, a la que se seguía otra más expresiva. Ofreció no solamente la revocación de la orden reservada, mas también premios, cargos y establecimientos; y cuanto más prometía, más crecía el deseo de que no desechara Hortensia sus promesas.

Esta lloraba y estaba sofocada, medio desmayada en un sofá, dando apenas crédito a lo que estaba viendo y oyendo. Saint-Pouange se hincó entonces de rodillas ante ella. No le faltaban gracias y podía no disgustar a un ánimo menos preocupado; empero Hortensia idolatraba en su amante y se figuraba que era un crimen horrendo cometer una infidelidad por servirle. Redoblaba Saint-Pouange sus ruegos y sus promesas, y al cabo de tal manera perdió la razón que le declaró que no tenía otro medio para sacar de la cárcel al hombre por quien con tanto fervor y tanto cariño se interesaba. Se dilataba tan extraña conferencia, y la beata que leía en la antesala su ejercicio cotidiano decía:

— ¡Dios mío! ¿Qué estarán haciendo allá dentro dos horas hace? Nunca ha dado el excelentísimo Saint-Pouange audiencia tan larga. Acaso se lo ha negado todo a esta pobre muchacha cuando todavía le está suplicando.

Al cabo salió Hortensia del gabinete fuera de sí, sin habla, reflexionando profundamente acerca del carácter de los grandes y semi-grandes que con

tan poco miramiento sacrifican la libertad de los hombres y la honra de las mujeres.

En todo el camino no habló una palabra; pero cuando llegó a casa de su amiga rompió el silencio y se lo contó todo. Se santiguó la beata y dijo:

—Querida mía, es preciso que mañana sin más tardar consultemos con el padre Bueno-a-todo, nuestro director, que tiene mucho valimiento con el señor de Saint-Pouange y confiesa a varias criadas de su casa. Es varón muy pío, muy condescendiente y que dirige a muchas señoras de altas circunstancias: guíese usted por él, que así hago yo y me ha ido bien siempre. Nosotras, pobres mujeres, necesitamos que nos conduzca un hombre.

—Enhorabuena, amiga querida, mañana iré a hablar con el padre Bueno-a-todo.

CAPÍTULO XVI

DE CÓMO HORTENSIA CONSULTÓ CON UN JESUITA

Luego que la bella y desconsolada Hortensia estuvo a solas con su confesor, le fió que un hombre poderoso y amigo de sus gustos le había propuesto que sacaría de la cárcel a aquel que había de ser su legítimo esposo; que pedía un rescate muy costoso por la libertad del cautivo y que tenía ella una repugnancia horrible a cometer esta infidelidad; que si le pidiesen su propia vida, la sacrificaría con gusto primero que lo que de ella se pretendía.

—Abominable pecador debe de ser ese —le dijo el padre Bueno-a-todo—. Dígame usted cómo se llama ese bribón, que ciertamente es algún jansenista; yo le delataré a su reverencia el padre de La Chaise, el cual hará

que le metan en el alojamiento donde está ahora ese amable hombre con quien usted se ha de casar.

La pobre doncella, después de muchos reparos y dificultades, nombró en fin a Saint-Pouange.

— ¡El excelentísimo señor de Saint-Pouange! — dijo el jesuita—. Hija mía, eso es otra cosa; es primo del mayor ministro que hemos tenido, amparador de la buena causa y buen cristiano, y no puede haber tenido semejante idea; sin duda que usted oyó mal.

— ¡Ah! Padre, sobrado bien oí; soy perdida por más que haga; no me queda otro arbitrio que la desventura o la ignominia; o se ha de quedar mi amante enterrado en vida, o yo he de ser indigna de vivir; ni puedo dejar que perezca ni le puedo librar.

El padre Bueno-a-todo se esforzó en calmarla con estas razones:

— Lo primero, hija, no diga nunca "mi amante", que es expresión mundanal que puede ofender a Dios: diga "mi marido", que puesto que no lo es todavía, le considera como a tal, y no hay cosa más decente. Lo segundo, puesto que sea su esposo en su idea y en su esperanza, no lo es en la realidad: de suerte que no cometería adulterio, enorme pecado, que siempre conviene evitar en cuanto fuere posible. Lo tercero, las acciones carecen de malicia de culpa cuando es pura la intención, y no hay cosa más pura que sacar de la cárcel a su marido. Lo cuarto, la santa antigüedad nos ha dado ejemplos que pueden servir maravillosamente para regular su conducta. Cuenta San Agustín que bajo el proconsulado de Septimio Acindino, el año 340 de nuestra redención, no pudiendo un infeliz pagar a César lo que pertenecía a César, fue condenado a muerte con mucha justicia, no obstante el refrán "a quien no tiene el rey le hace libre". Tratábase de una libra de oro; el condenado tenía una mujer a quien había dotado Dios de hermosura y discreción. Un ricachón viejo prometió dar a esta señora una libra de oro y algo más, con la condición de cometer con ella el pecado de inmundicia, y la dama creyó que no obraba mal librando de la muerte a su marido. San Agustín aprueba esta generosa resignación: verdad es que el ricachón viejo la engañó y que acaso fue ahorcado su marido; pero al cabo ella hizo cuanto estuvo de su parte por librarle la vida. Está cierta, hija mía, de que cuando cita a San Agustín un jesuita, menester es que le sobre al Santo la razón. No le doy consejo, porque es cuerda, y es de presumir que será útil a su marido.

El excelentísimo señor de Saint-Pouange es muy hombre de bien y no la engañará; que es cuanto puedo decir: la encomendaré a Dios y espero que todo cuanto suceda irá encaminado a mayor gloria suya.

No menos asustada la hermosa Hortensia con las razones del jesuita que con las propuestas del sota-ministro, se volvió desatentada a casa de su amiga. Veníanle arranques de librarse dándose la muerte, del horror de dejar en un espantoso cautiverio al amante que idolatraba y de la ignominia de haberle de librar a trueque de lo que más apreciaba, y que solo para este malhadado amante había destinado.

CAPÍTULO XVII

QUE CUENTA CÓMO SE RINDIÓ HORTENSIA DE PURO VIRTUOSA

Rogaba Hortensia a su amiga que la matase; pero esta, no menos indulgente que el jesuita, se explicó con más claridad.

— ¡Ah! —le dijo—, ese es el giro de los más de los asuntos en esta corte tan amable, tan afamada y tan fina: los empleos más ínfimos como los más altos se han dado muchas veces al precio que a usted piden. Óigame usted, yo soy su amiga y le voy a fiar mis secretos: si hubiera sido tan escrupulosa como usted, confieso que no tendría hoy mi marido el empleíto con que se mantiene; bien lo sabe, y lejos de llevarlo a mal, me mira como una bienhechora y se tiene por mi cliente. ¿Parécele a usted que cuantos han mandado provincias o ejércitos han debido sus cargos meramente a sus méritos? Muchos hay que se los deben a sus señoras mujeres. El amor ha solicitado las dignidades de la milicia, y el puesto se ha conferido al marido de la más

hermosa. En situación muy más interesante se encuentra usted, que se trata de poner en libertad a su amante y casarse con él: obligación sagrada que debe desempeñar. Nadie ha vituperado a las altas y hermosas señoras de que he hablado; a usted la alabarán y dirán que, si ha cometido una flaqueza, ha sido por exceso de virtud.

— ¡Ah, qué virtud! — exclamó la bella Hortensia —; ¡qué laberinto de iniquidades! ¡Qué tierra! ¡Cómo aprendo a conocer a los hombres! Un padre de La Chaise y un baile ridículo hacen meter a mi amante en la cárcel; mi familia me persigue; y si me socorren en mis desastres, es por deshonorarme. Un jesuita ha perdido a un hombre de bien, otro jesuita me quiere perder a mí; estoy cercada por todas partes de lazos y tocando el instante de caer en ellos. No me queda otro recurso que darme la muerte o hablar al rey; me echaré a sus pies cuando pase para ir a misa o a la comedia.

— No dejarán que usted se le arrime — dijo la amiga —, y si tuviera la desgracia de hablarle, el señor de Louvois y el reverendo padre de La Chaise la enterrarían en un convento por toda su vida.

Mientras esta buena señora aumentaba con sus razones la irresolución de un pecho desesperado y ahondaba el puñal en su corazón, llegó un parte del señor de Saint-Pouange con una carta y dos bellísimos pendientes. Hortensia lo desechó todo llorando, pero su amiga lo recibió. Así que se fue el mensajero, leyó la confidenta la carta, que proponía una cena a las dos amigas para aquella misma noche. Hortensia juró que no iría. La beata le quiso probar los pendientes de diamantes y Hortensia no lo consintió. Todo el día se resistió; al cabo, pensando solo en su amante, vencida, arrastrada por fuerza, sin saber adónde la llevan, se deja conducir a la cena fatal. Nada había sido parte para determinarla a que se pusiera los zarcillos; pero la confidenta, que los llevaba consigo, se los puso antes de sentarse a la mesa; y Hortensia estaba tan turbada y confusa que la dejó hacer lo que quiso. Su protector infería de su resignación propicias consecuencias. Al fin de la cena se retiró la prudente confidenta, y el protector enseñó entonces la revocación de la orden reservada, la patente de una gratificación cuantiosa, la de una compañía, y no anduvo escaso en promesas.

— ¡Ah! — le dijo Hortensia —, ¡cuánto le querría yo a usted si no se empeñara en ser tan querido!

Finalmente, después de mucha resistencia, de sollozos, de gritos, de lágrimas, perdidas las fuerzas, desatentada, medio desmayada, tuvo que rendirse sin que le quedara más recurso que el propósito firme de pensar en el Ingenuo mientras que el inhumano disfrutaba sin misericordia de la necesidad a que se veía reducida.

CAPÍTULO XVIII

QUE REFIERE CÓMO LIBRÓ HORTENSIA A SU AMANTE Y A UN JANSENISTA

Al rayar el día corre volando a París con la orden del ministro. Difícil cosa es pintar lo que sintió su corazón durante este corto viaje. Imaginémos un alma noble y virtuosa humillada de su oprobio, roída de remordimiento por haber faltado a su amante, embebida en el gusto de librar a quien adoraba; su amargura, sus combates y su triunfo se presentaban sucesivamente a su ánimo. Ya no era aquella doncella sencilla cuyas ideas había limitado a un corto recinto su educación de lugar; la habían instruido el amor y la desdicha, y la sensibilidad había adelantado en ella tanto como la razón en su desventurado amante. Las mujeres aprenden a sentir con más facilidad que los hombres a pensar; y su aventura era más instructiva que cuatro años de convento.

Era su traje en extremo sencillo, pues miraba con horror los arreos con que se había presentado a su funesto bienhechor, y había dejado a su compañera los pendientes de diamantes sin siquiera mirarlos. Entre la confusión y el contento, idolatrando al Ingenuo y aborreciéndose a sí propia, llega al fin a la puerta del castillo.

Palacio de venganza abominado,
Que al inocente encierra y al culpado.

Perdió el aliento al apearse del coche; le dieron la mano y entró palpitándole el corazón, llorosos los ojos y retratada la consternación en el semblante: la presentan al gobernador, quiere hablar y su voz desfallece; en fin, enseña la orden articulando balbuciente palabras cortadas. El gobernador quería bien al preso y se alegró mucho de verle libre porque no era como tantos honrados alcaides, que sin pensar más que en la retribución que sacan de la guarda de sus cautivos, cifrando su renta en el número de sus víctimas y viviendo de las miserias ajenas, se complacen en lo interior de su empedernido corazón con los llantos de los desventurados.

Hizo, pues, venir al preso a su aposento. Aquí los dos amantes se ven y ambos se desmayan: la hermosa Hortensia permaneció largo rato inmóvil y sin vida; el Ingenuo recobró en breve los sentidos.

—Sin duda que esta señora es su mujer de usted —le dijo el gobernador—; yo no sabía que era usted casado. A sus generosas solicitudes me escriben que es usted deudor de su libertad.

—¡Ah! No soy yo digna de ser su mujer —respondió con trémula voz la hermosa Hortensia, y volvió a desmayarse de nuevo.

Cuando se recobró de su accidente, presentó, temblando siempre, la patente de la gratificación y la promesa por escrito de una compañía. Tan atónito como enternecido, el Ingenuo despertaba de un sueño para caer en otro.

—¿Por qué me han encerrado aquí? —decía—; ¿cómo me ha podido usted sacar? ¿Qué monstruos son los que me han metido? Usted es una divinidad bajada del cielo para socorrerme.

La hermosa Hortensia bajaba los ojos, sonrojada, los ponía en su amante y los desviaba al instante bañados en llanto. Le dijo en fin todo cuanto sabía y cuanto le había sucedido, menos lo que hubiera querido esconderse eternamente a sí propia, y que otro más acostumbrado al mundo y más instruido en los estilos de la corte que el Ingenuo habría adivinado con facilidad.

—¿Es posible que un miserable como ese baile haya tenido poder para privarme de la libertad? Ya veo que con los hombres sucede lo que con los

más viles animalejos, que todos pueden hacer daño. Pero ¿es posible que un fraile, un jesuita confesor del rey, haya contribuido a mi desgracia tanto como ese baile sin que pueda yo alcanzar con qué pretexto me ha perseguido ese bribón detestable? ¿Me ha hecho pasar plaza de jansenista? En fin, ¿cómo se ha acordado usted de mí? Yo no lo merecía, que entonces no era más que un salvaje. ¡Conque sin consejo, sin auxilio, se ha atrevido usted a hacer un viaje a Versalles! ¡Y así que la han visto ha quebrantado mis cadenas! Tan cierto es que la virtud y la hermosura tienen un embeleso irresistible que derriba las puertas de hierro y ablanda los corazones de bronce.

Al oír la palabra "virtud", arrancó un profundo sollozo la bella Hortensia, que no sabía cuán virtuosa era en el delito mismo que se afeaba.

Dijo luego su amante:

— Ángel que has roto mis grillos, si has tenido (cosa que aún no comprendo) crédito bastante para alcanzar que me hagan justicia, solicítala también en favor de un respetable anciano que me ha enseñado a pensar, como tú me enseñaste a amar. La desventura nos ha estrechado: yo le quiero como a padre, y no puedo vivir sin ti ni sin él.

— ¡Que solicite yo al mismo que...!

— Sí, a usted quiero serle deudor de todo, y a nadie más; escriba a ese hombre poderoso, cólmeme de nuevos beneficios, acabe lo que ha empezado, acabe sus portentos.

Convencida de que debía hacer todo cuanto quería su amante, quiso escribir y no podía formar las letras: tres veces empezó la carta y tres la rasgó; al cabo escribió, y salieron los dos amantes después de dar un abrazo al mártir de la gracia eficaz.

La feliz y desconsolada Hortensia sabía la casa donde vivía su hermano; fue allá y su amante alquiló un cuarto en ella. Apenas habían llegado, le envió su protector la orden de poner en libertad al buen Gordon, y le pidió cita para el otro día. Así de cada acción generosa y buena que hacía Hortensia, era su deshonor el pago. La infeliz miraba con execración la práctica de vender la dicha y la desdicha de los hombres. Entregó la orden de la libertad de Gordon a su amante y se negó a dar cita a un bienhechor que no podía mirar sin morir de dolor y vergüenza. Solo por librar a un amigo podía el Ingenuo separarse de ella: fue pues en un vuelo a cumplir con esta

obligación, mientras reflexionaba en los extraños acasos de este mundo y se maravillaba de los esfuerzos de virtud de una joven a quien dos desventurados debían más que la vida.

CAPÍTULO XIX

CÓMO SE REUNIERON EL INGENUO, LA BELLA HORTENSIA Y SUS PARIENTES

Estaba la generosa y respetable desleal con su hermano el abate de Santa Clotilde, con el buen prior de la Montaña y con doña Ambrosia, todos igualmente atónitos; pero su situación y sus afectos eran muy distintos. El abate de Santa Clotilde lloraba sus yerros a las plantas de su hermana, que le perdonaba; el prior y su amorosa hermana también lloraban, pero era de gozo; el torpísimo baile y su inaguantable hijo no enturbiaban la tierna escena porque se habían ido así que tuvieron la primera noticia de que estaba libre su enemigo, dándose prisa a ir a enterrar a su provincia sus temores y su necesidad.

Agitados estos cuatro individuos de mil diversos movimientos, estaban aguardando a que volviera el mozo con el amigo que había ido a librar. El abate de Santa Clotilde no se atrevía a levantar los ojos delante de su hermana; la buena doña Ambrosia decía: "¡Conque voy a ver a mi querido sobrino!".

—Usted le verá —le dijo la hermosa Hortensia—, pero no es el mismo: en todo ha mudado, en el tono, en el porte, en las ideas, en su inteligencia; tan respetable es ahora como era cándido y ajeno de todo trato humano: será

la honra y el consuelo de su familia de usted. ¡Así pudiera yo hacer feliz la mía!

—Usted tampoco es la misma —dijo el prior—: ¿qué es lo que le ha sucedido, que tan otra la ha hecho?

En esto estaban cuando llegó el Ingenuo trayendo de la mano a su jansenista. Entonces se tornó más nuevo y más interesante el espectáculo, que empezó con los cariñosos abrazos del tío y la tía: el abate de Santa Clotilde casi se hincaba de rodillas ante el Ingenuo, que ya no era el Ingenuo; los dos amantes se hablaban con miradas que expresaban todos los afectos en que rebosaba su pecho; en el rostro del uno se veía brillar la gratitud y el contento, y en los ojos tiernos y algo desalentados de la otra se vislumbraba cierto embarazo; y todos estaban atónitos de que se entregase al pesar en medio del júbilo universal.

El anciano Gordon en breve rato se hizo querer de la familia entera. Había sido desgraciado con el mozo preso, que era mucho mérito, y debía su libertad a los dos amantes, lo cual le reconciliaba con el amor: la aspereza de sus pasadas opiniones iba saliendo poco a poco de su corazón, y, como el hurón, se había convertido en hombre. Antes de cenar contó cada uno sus aventuras; los dos abates y la tía escuchaban como niños que oyen cuentos de duendes y como hombres que en tamañas desventuras se interesaban.

—¡Ah! —dijo Gordon—, acaso a la hora esta hay más de quinientos sujetos virtuosos en las mismas cadenas que ha roto doña Hortensia, y nadie sabe sus desdichas; millares de manos encuentran para pegar con la muchedumbre de desvalidos, y muy rara vez una que la socorra.

Esta reflexión, cuya verdad era tan palpable, aumentaba su gratitud y su afecto, y todo hacía brillar más el triunfo de la bella Hortensia: todos se maravillaban de su entereza y de la nobleza de su ánimo; y esta admiración se unía con aquel respeto que involuntariamente tributamos a una persona a quien suponemos con crédito en palacio; pero el abate de Santa Clotilde decía de cuando en cuando: "¿Cómo habrá hecho mi hermana para granjearse tan presto este crédito?".

A sentarse a la mesa iban muy temprano; he aquí llega la amiga de Versailles, sin saber cosa ninguna de cuanto había sucedido; venía en un coche

de seis caballos, y ya se deja entender de quién podía ser el coche. Entra con aire de una dama de palacio que trae asuntos de mucha entidad, hace una cortesía con la cabeza a los circunstantes y, cogiendo aparte a la hermosa Hortensia, le dice:

—¿Por qué hace usted que la aguarden tanto tiempo? Sígame: aquí están los diamantes que se había usted dejado olvidados.

No pudo decirlo en voz tan baja que no lo oyese el Ingenuo. Vio los diamantes; quedó confuso el hermano: el tío y la tía no hicieron más que pasarse como personas de buena pasta que nunca tanta magnificencia habían visto. El mancebo, que se había instruido con un año de reflexiones, se paró pensativo contra su voluntad y se turbó un instante: advirtiéndolo su amante, y se cubrió su bello semblante de una mortal amarillez; la cogió un temblor universal y apenas se podía tener en pie.

—¡Ah, señora! —le dijo a su fatal amiga—, usted me ha perdido, usted me ha muerto.

Estas razones traspasaron el corazón del Ingenuo, pero había ya aprendido a tener sus ímpetus a raya, y no preguntó lo que significaban por no causar inquietud a su amada delante de su hermano; se puso, empero, tan descolorido como ella.

Fuera de sí Hortensia con la alteración que en el rostro de su amante advertía, se lleva fuera del aposento a esta mujer, la para en un pasadizo, tira los diamantes al suelo diciéndole:

—¡Ah! Bien sabe usted que no son estas joyas las que me han seducido; pero quien me las ha dado jamás me volverá a ver.

Los recogió la amiga, y Hortensia continuó:

—Ora los tome, ora se los dé a usted, váyase con Dios y no haga otra vez que de mí propia me avergüence.

Al fin se volvió la embajadora sin poder comprender los remordimientos que presenciaba.

Sofocada la hermosa Hortensia, y sintiendo en todo su cuerpo una revolución que la ahogaba, se vio obligada a meterse en la cama; mas por no sobresaltar a nadie, no dijo lo que tenía, y pretextando su cansancio, pidió licencia para acostarse después de haber tranquilizado a la compañía con

halagüeñas y consoladoras razones, y clavando en su amante miradas que atizaban más el fuego de su corazón.

La cena, que no alegraba la presencia de Hortensia, fue a los principios triste; pero era aquella interesante tristeza que da pábulo a conversaciones útiles y pastosas, que son tan superiores a los pasatiempos frívolos tan ansiados, y que por lo común se reducen a un estruendo impertinente.

En breves palabras compendió Gordon la historia del molinismo y el jansenismo, y de las persecuciones que un partido hacía padecer al otro, y de la terquedad de ambos. Hizo el Ingenuo la crítica de los dos y se dolió de los hombres que, no contentos con tantas discordias como excitan sus intereses, se fraguan nuevos males por intereses soñados y por incomprensibles absurdos. Contaba Gordon, fallaba el Ingenuo, y los convidados escuchaban movidos y se ilustraban con una nueva luz. Se habló de lo dilatado de nuestros infortunios y de la brevedad de la vida, y notaron que cada profesión tiene su vicio y su peligro peculiar, y que desde el príncipe hasta el último pordiosero parece que todos acusan a la naturaleza. ¡Y con todo eso se encuentran tantos hombres que por tan poco dinero se hacen perseguidores, sayones, verdugos de los demás! ¡Con cuán inhumana indiferencia firma un ministro la destrucción de una familia, y con qué bárbara alegría sus estipendiarios la ejecutan!

—Siendo yo mozo —dijo el buen Gordon—, conocí a un pariente del mariscal de Marillac, que viéndose perseguido en su país a causa de este ilustre desgraciado, se vino a esconder a París con un nombre fingido: era un anciano de setenta y dos años, y su mujer, que le acompañaba, casi de la misma edad. Habían tenido un hijo disoluto que a los catorce años se había escapado de casa de sus padres, sentado plaza, desertado luego, y corrido todas las caravanas de la disolución y la miseria; finalmente había tomado el nombre de una tierra y era guardia del cardenal de Richelieu (porque este clérigo, lo mismo que Mazarino, tenía sus guardias), donde había alcanzado el bastón de exento de aquella compañía de sayones. Se dio a este aventurero la comisión de prender al anciano y a su esposa, y la desempeñó con toda la dureza de uno que aspiraba a complacer a su amo. Cuando los llevaba a la cárcel, oyó a las dos víctimas lamentarse de la luenga serie de desdichas que desde la cuna habían padecido; y como uno de sus mayores infortunios reputaban el padre y la madre la mala conducta y la pérdida de su hijo. Los conoció este entonces, mas no por eso dejó de llevarlos a la cárcel;

que antes de nada debía servir a su eminencia, y su eminencia remuneró su buen celo.

Un espía del padre de La Chaise he visto que delató a su propio hermano con el cebo de un corto beneficio que no le dieron; y le vi morir, no del remordimiento, sino de la pesadumbre de que le hubiera engañado el jesuita.

El empleo de confesor, que largo tiempo he ejercitado, me ha dado a conocer las interioridades de las familias, y pocas he visto que no vivieran en continuas amarguras, mientras en lo exterior cubiertas con la máscara de la felicidad parecían colmadas de júbilo; y siempre he notado que los más crueles pesares eran hijos de nuestra desenfadada codicia.

— Yo por mí — dijo el Ingenuo —, pienso que un pecho noble, agradecido y sensible puede vivir feliz; y espero disfrutar de una felicidad sin acíbar con la bella y generosa Hortensia: porque bien creo — añadió dirigiéndose a su hermano con amistosa risa — que no me la negará usted como el año pasado, y que me portaré yo con más decencia.

El abate le pidió mil perdones y le protestó un inviolable cariño; su tío Kerkabon dijo que sería el día más feliz de su vida; y la buena tía, alzando las manos al cielo y llorando de gozo, exclamaba:

— Si lo había yo dicho, que nunca habías de ser subdiácono; anda, que mejor sacramento es el del matrimonio, y pluguiese a Dios que lo hubiera yo recibido; pero a bien que te serviré de madre.

Entonces todos a porfía colmaron de elogios a la amable Hortensia.

Tenía su amante muy estampado en el corazón cuanto por él había hecho, y estaba muy enamorado, y así la aventura de los diamantes hizo poca impresión en su ánimo; pero las palabras que también había oído: "Usted me mata", le atemorizaban en secreto y aguaban todos sus contentos, al paso que las alabanzas de la hermosa su querida aumentaban su amor. En fin, ella sola los ocupaba a todos; no hablaban más que de la felicidad que merecían los dos amantes; tomaban medidas para vivir todos juntos en París; hacían planes de fortuna y de adelantamientos, y se abandonaban a todas las esperanzas que la menor vislumbre de felicidad engendra; pero en lo interior de su corazón sentía el Ingenuo un pesar secreto que repelía estas ilusiones; leía una y muchas veces las promesas con la firma de Saint-Pouange y las

patentes con la de Louvois. Le pintaron a estos dos hombres como ellos eran, o como se creía que eran; y cada uno habló de los ministros y del ministerio con aquella libertad de la mesa, tenida en Francia por la libertad más preciosa que en la tierra puede disfrutarse.

—Si fuera yo rey de Francia —dijo el Ingenuo—, el ministro de Guerra que escogiera sería un hombre de la más alta cuna, por la razón de que da órdenes a la nobleza: exigiría que hubiera sido oficial y hubiera alcanzado todos los grados militares, que fuera por lo menos teniente general y digno de ser capitán general, porque no es posible conocer los pormenores del servicio sin haber servido, porque los oficiales obedecen con más gusto cien veces a un guerrero que ha dado como ellos pruebas de valor que a un hombre de gabinete que, por mucha que sea su capacidad, puede cuando más adivinar las operaciones de una campaña. Tampoco me parecía mal que fuera generoso mi ministro, puesto que a veces se hubiese de encontrar en algunos apuros mi tesorero. Querría que se impusiese con facilidad en los asuntos, y que con eso le hubiese cabido en suerte aquella jovial agudeza, peculio de los ingenios superiores, que tanto gusta a la nación y allana el desempeño de las más arduas funciones.

Deseaba el Ingenuo que fuera este el carácter del ministro, porque había notado que un genio jovial siempre es incompatible con la crueldad. No hubiera quedado el señor de Louvois muy satisfecho con los deseos del Ingenuo, que era su mérito de muy distinta especie.

Pero mientras razonaban sentados a la mesa, la dolencia de la desventurada Hortensia tomaba un funesto aspecto; se le había inflamado la sangre y le había entrado una calentura ardiente; padecía sin quejarse por no turbar la serenidad de los convidados. Su hermano, viendo que no dormía, se llegó a la cabecera de la cama y se asombró del estado en que la encontraba; acudieron todos y vino su amante en seguida de su hermano. Sin duda era el que más asustado y más enternecido estaba; pero había aprendido a reunir a todas las excelentes prendas de que le había dotado naturaleza la de la prudencia, y empezaban a dominar en él los respetos del qué dirán.

Llamaron al punto a un médico de las inmediaciones, que era de aquellos que visitan de prisa a sus enfermos, confundiendo la enfermedad que han visto con la que están viendo, sujetando a una ciega práctica una ciencia en que toda la madurez de un sano y reflexivo juicio no basta para precaver los

riesgos y la incertidumbre. Dobló este la gravedad del mal recetando intempestivamente un remedio a la sazón de moda. ¡Moda hasta en la medicina! Pero esta era manía muy común en París.

Más todavía que su médico contribuía la triste Hortensia a hacer peligrosa la enfermedad: su alma mataba al cuerpo, y la muchedumbre de encontrados pensamientos que la agitaban hacía que circulase por sus venas un veneno más activo que el de la más ardiente calentura.

CAPÍTULO XX

DE LA MUERTE DE LA HERMOSA HORTENSIA Y OTROS SUCESOS

Llamaron a otro médico, y este, en vez de ayudar a la naturaleza y dejarla que obrase en una joven cuyos órganos todos llamaban a la vida, solamente pensó en dar remedios contrarios a los de su colega. En dos días se declaró mortal la enfermedad; y el cerebro, donde se cree que reside el entendimiento, recibió un golpe no menos violento que el corazón, donde según dicen residen las pasiones.

¿Qué incomprensible mecánica ha sujetado los órganos a lo que sentimos y pensamos? ¿Cómo desordena una sola idea dolorosa la circulación de nuestra sangre? ¿Y cómo produce esta irregularidades análogas en nuestro entendimiento? ¿Qué fluido es este, tan desconocido como es cierta su existencia, el cual, más activo y más ligero que la luz, en menos de un abrir y cerrar de ojos vuela por todos los canales de la vida, causa las sensaciones, la memoria, la tristeza o el contento, la razón o la demencia, nos acuerda

con horror lo que quisiéramos olvidar, y a un animal pensador le hace ora objeto de admiración, ora de compasión y llanto?

Así decía el buen Gordon; y una reflexión tan natural, que raras veces hacen los hombres, en nada disminuía su dolor, que no era uno de aquellos desventurados filósofos que se esfuerzan a no ser compasivos. Se dolía de la suerte de esta muchacha como un padre que ve morir lentamente a su hijo querido; el abate de Santa Clotilde estaba desesperado, y el prior y su hermana vertían un raudal de lágrimas. Mas, ¿quién podrá pintar el estado de su amante? No hay lengua que tenga expresiones correspondientes a este piélago de dolor, que las lenguas son muy imperfectas. La tía, casi sin vida, tenía en sus débiles brazos la cabeza de la moribunda; su hermano estaba hincado de rodillas al pie de la cama; su amante, exhalando mil sollozos, le apretaba la mano que inundaba en sus llantos, llamándola su bienhechora, su esperanza, vida suya, mitad de su alma, su amada, su esposa. A esta voz de esposa suspiró Hortensia, le miró con inefable ternura y dio de repente un horrible grito; luego, en uno de aquellos intervalos en que permiten libertad y dejan alguna fuerza al ánimo el cansancio y la opresión de los sentidos y la calma del dolor, exclamó:

— ¡Yo, esposa tuya! Ah, querido amante, ese nombre, esa dicha, esa gloria no se hicieron para mí; voy a morir, y lo merezco. ¡Oh Dios de mi alma! Tú, a quien he sacrificado a los demonios del infierno, con justicia me castigas. Esto se acabó, amado, vive feliz.

Nadie podía comprender tan sentidas como terribles razones; pero el pecho de todos los circunstantes estaba asustado y enternecido: al fin tuvo Hortensia valor para explicarse claro. A cada palabra se estremecían con el asombro, el dolor y la compasión todos los asistentes: todos de consuno detestaban al hombre poderoso que había reparado con un delito una horrible injusticia y había forzado a la más apurada inocencia a ser cómplice suya.

— ¡Culpada tú! —le dijo su amante—; no, no lo eres: la culpa es hija del corazón, y el tuyo es de la virtud y mío.

Este sentir le esforzaba con razones que al parecer restituían a la vida a la bella Hortensia; se sentía consolada y extrañaba ser aún querida. El anciano Gordon, cuando no era más que jansenista, la habría condenado; pero entonces era un sabio, la estimaba y lloraba.

En medio de tantas lágrimas y tantos sustos, mientras que los corazones de todos solo en el riesgo de esta doncellas estaban ocupados y todos en la consternación, avisan que ha llegado un correo de palacio.

— ¡Un correo! ¿De quién y por qué?

Venía de parte del confesor del rey para el prior de la Montaña; pero no era el padre de La Chaise quien le escribía, sino el hermano Vadbled, su socio o ayuda de cámara, hombre de mucha importancia en aquel tiempo, el que hacía saber a los arzobispos la voluntad del reverendísimo padre, el que daba audiencia, el que prometía beneficios y el que hacía despachar a veces órdenes de prisión por la vía reservada. Escribía al abate de la Montaña que su reverencia estaba informado de las aventuras de su sobrino; que su arresto había sido una equivocación; que su desgracia era una friolera de las que sucedían con mucha frecuencia y que no había para qué hacer aprecio de ella; en fin, que convenía que fuera el prior a presentarle a su sobrino el día siguiente y llevase en su compañía al buen Gordon; que él (el hermano Vadbled) los introduciría en casa de su reverencia y del señor de Louvois, el cual les diría dos palabras en la antesala. Añadía luego que habían contado al rey la historia del Ingenuo y su combate con los ingleses; que ciertamente se dignaría el rey mirarle cuando pasase por la galería, y acaso hacerle cortesía con la cabeza. Concluía la carta con la halagüeña esperanza de que todas las señoras de palacio a porfía harían venir a su sobrino a su tocador, que muchas le dirían: "Buenos días tenga usted, señor Ingenuo", y que era seguro que se hablaría de él en la mesa del rey. La carta venía firmada: "Su afecto Vadbled, hermano jesuita".

Leyó el prior la carta en alta voz: su sobrino, enfurecido, pero dominando por instante su enojo, no respondió palabra al portador, y volviéndose al compañero de sus desventuras, le preguntó qué le parecía de aquel estilo.

— Eso es tratar a los hombres como simios —respondió Gordon—, apalearlos y hacerlos bailar.

Recobrando entonces el Ingenuo su natural carácter, que siempre se manifiesta en los grandes movimientos del alma, rasgó la carta en mil pedazos y se los tiró a la cara al correo, diciéndole:

— Esta es mi respuesta.

Atemorizado, el tío creyó que el rayo y veinte órdenes reservadas le iban a caer encima, y se fue presto a escribir y a disculpar como pudo lo que él creía un arrebató de mozo, y era el arranque de un espíritu grande.

Otros afanes más dolorosos embargaron en breve todos los ánimos. La hermosa y malhadada Hortensia veía la muerte acercarse; estaba serena, pero era la horrorosa serenidad de la naturaleza postrada que ya no tiene valor para combatir.

—Querido amante —dijo con voz desmayada—, la muerte castiga mi flaqueza; pero muero con el consuelo de verte libre: te adoraba cuando te fui infiel y te adoro diciéndote un eterno "vale" (adiós).

Hortensia no hacía impertinente alarde de vana entereza, ni aspiraba a la mezquina gloria de que dijeseñ los vecinos: "Ha muerto con valor". ¿Quién pierde a los veinte años amante, vida y lo que llaman la honra sin sentimiento y sin congoja? Sentía la infeliz todo el horror de su situación y lo hacía sentir con aquellas palabras y miradas moribundas que tan imperiosamente se explican: finalmente, lloraba como los demás los ratos que le quedaba fuerza para llorar.

Alaben otros la pomposa muerte de los que sin sentimiento se sumen en la destrucción, que esa es la suerte de todos los animales: nosotros, si morimos con indiferencia como ellos, es porque nos hacen semejantes a ellos o la edad o la dolencia, entorpeciendo nuestros órganos. Nadie pierde mucho sin mucho desconsuelo, y si lo disimula es porque sacrifica a la vanagloria hasta en los umbrales de la muerte.

Cuando llegó el instante fatal prorrumpieron todos los circunstantes en gritos y en lágrimas; el Ingenuo perdió el conocimiento y los sentidos. Los ánimos fuertes, cuando son afectuosos, sienten con más violencia que los demás. El buen Gordon, que le tenía bien conocido, temió que vuelto en sí se quitase la vida, y mandó esconder todas las armas. Lo advirtió el desventurado mancebo y, sin llorar, sin suspirar, sin inmutarse, dijo a Gordon y a sus parientes:

—¿Piensan ustedes que hay alguien en la tierra que tenga derecho y facultad para estorbar que ponga fin a mi vida?

Gordon se guardó de hacer reseña de esos fastidiosos lugares comunes con los cuales quieren probar que no es lícito hacer uso de su libertad para

cesar de existir cuando es la existencia un mal horrible; que no ha de salir de su casa quien no puede hallarse bien dentro de ella; que el hombre está en la tierra como el soldado en su puesto, cual si importara al Ser de los seres que exista acá o allá el conjunto de algunas partes de la materia; flacos argumentos que desdeña la desesperación firme y reflexiva, y a los que respondió Catón dándose una puñalada.

El mustio y terrible silencio del Ingenuo, sus ojos desencajados, sus labios trémulos, sus miembros convulsos excitaban en los ánimos de cuantos le miraban aquella compasión mezclada con terror que encadena todas las potencias del alma, excluye todo razonamiento y solo con palabras cortadas se manifiesta. Había acudido la huéspeda con su familia; todos temblaban de su desesperación, no le perdían de vista y observaban todos sus movimientos. Ya se habían llevado el helado cadáver de la bella Hortensia a una sala baja, lejos de la vista de su amante, que al parecer la buscaba aún con los ojos, puesto que no era capaz de ver cosa ninguna.

En medio de este espectáculo de la muerte, y mientras estaba Hortensia de cuerpo presente, mientras dos sacerdotes junto a una calderilla de agua bendita rezaban responsos con distraído ademán, mientras la gente que pasaba rociaba de agua bendita el ataúd por matar el tiempo, mientras otros pasaban de largo sin hacer aprecio, mientras lloraban los parientes y su amante se quería quitar la vida, llegó Saint-Pouange con la amiga de Versailles. El antojo de este, no habiendo sido satisfecho más que una vez, se había convertido en amor y se había picado viendo que no se admitían sus regalos. Nunca hubiera pensado el padre de La Chaise en poner los pies en esta casa; pero Saint-Pouange, que todo el día se representaba la imagen de la hermosa Hortensia y ansiaba por saciar una pasión que, disfrutada una vez sola, había dejado clavado en su corazón el agujón del deseo, no reparó en venir él propio a buscar a la que acaso no habría querido ver tres veces si hubiera ella ido de buena voluntad.

Al apearse del coche, el primer objeto que se le presenta es un ataúd; desvía los ojos con la repugnancia natural en un hombre que vive en los deleites y piensa que deben apartar de su vista cuantos espectáculos le pueden traer a la imaginación la miseria humana. Iba a subir, cuando la mujer de Versailles pregunta por curiosidad a quién van a enterrar, y le dicen que a Hortensia. Al oír este nombre, pierde el color y da un grito horroroso; Saint-Pouange se vuelve, llena su alma de dolor y asombro. Estaba allí,

bañados los ojos en llanto, el buen Gordon, que interrumpiendo sus tristes oraciones cuenta al cortesano toda la horrenda catástrofe, hablándole con aquel imperio que dan la virtud y el dolor. No tenía Saint-Pouange índole perversa; su alma, que aún no se conocía, se había dejado arrastrar del torrente de los negocios y los placeres, y aun estaba lejos de la senectud que por lo común endurece el corazón de los ministros. Escuchaba a Gordon con los ojos bajos, enjugando lágrimas que estaba pasmado de verter: en una palabra, supo lo que era el arrepentimiento.

—Quiero absolutamente —dijo— ver a ese hombre raro de que usted me ha hablado, y que me mueve a compasión casi tanto como esta víctima inocente a quien he dado la muerte.

Gordon le llevó al cuarto donde el prior, doña Ambrosia, el abate de Santa Clotilde y los vecinos procuraban hacer volver en sí al mancebo, que otra vez se había desmayado.

—Yo he sido la causa de la desdicha de usted —le dijo el sota-ministro—, y toda mi vida la emplearé en repararla.

La primera idea que al Ingenuo le ocurrió fue matarle y matarse él luego. Esto era lo mejor que podía hacer; pero no tenía armas y le velaban de cerca. Saint-Pouange no se desanimó por los desaires acompañados de los baldones, improperios y denuestos que tan bien merecía y de que le hartaron. Pero todo lo calma el tiempo. El señor de Louvois consiguió hacer del Ingenuo un excelente oficial, que fue conocido con otro nombre en París y en el ejército, estimado de todos los hombres de bien, y que fue un intrépido filósofo y guerrero.

Nunca hablaba de esta aventura sin llanto, y era su consuelo hablar de ella. Hasta el último instante de su vida amó la memoria de la tierna Hortensia. Al abate de Santa Clotilde y al prior les dieron un pingüe beneficio, y la buena doña Ambrosia tuvo más satisfacción en ver a su sobrino condecorado con cargos militares que ordenado de subdiácono. La beata de Versalles guardó los pendientes de diamantes con otras dádivas; el padre Bueno-a-todo recibió sendas arrobas de chocolate, de café, de azúcar cande, de toronjas en dulce y el Año Cristiano del reverendo padre Croiset, con el Flos Sanctorum, encuadernados en tafíete. El buen Gordon vivió hasta la muerte con el Ingenuo en la amistad más estrecha, y alcanzó también un beneficio, olvidándose para siempre de la gracia eficaz y del concurso con-

comitante. Había adoptado por lema: "Para algo sirven desdichas". ¡Cuántos hombres de bien hay en el mundo que con más razón pudieran decir: "Para nada sirven desdichas"!

FIN DEL INGENUO.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB